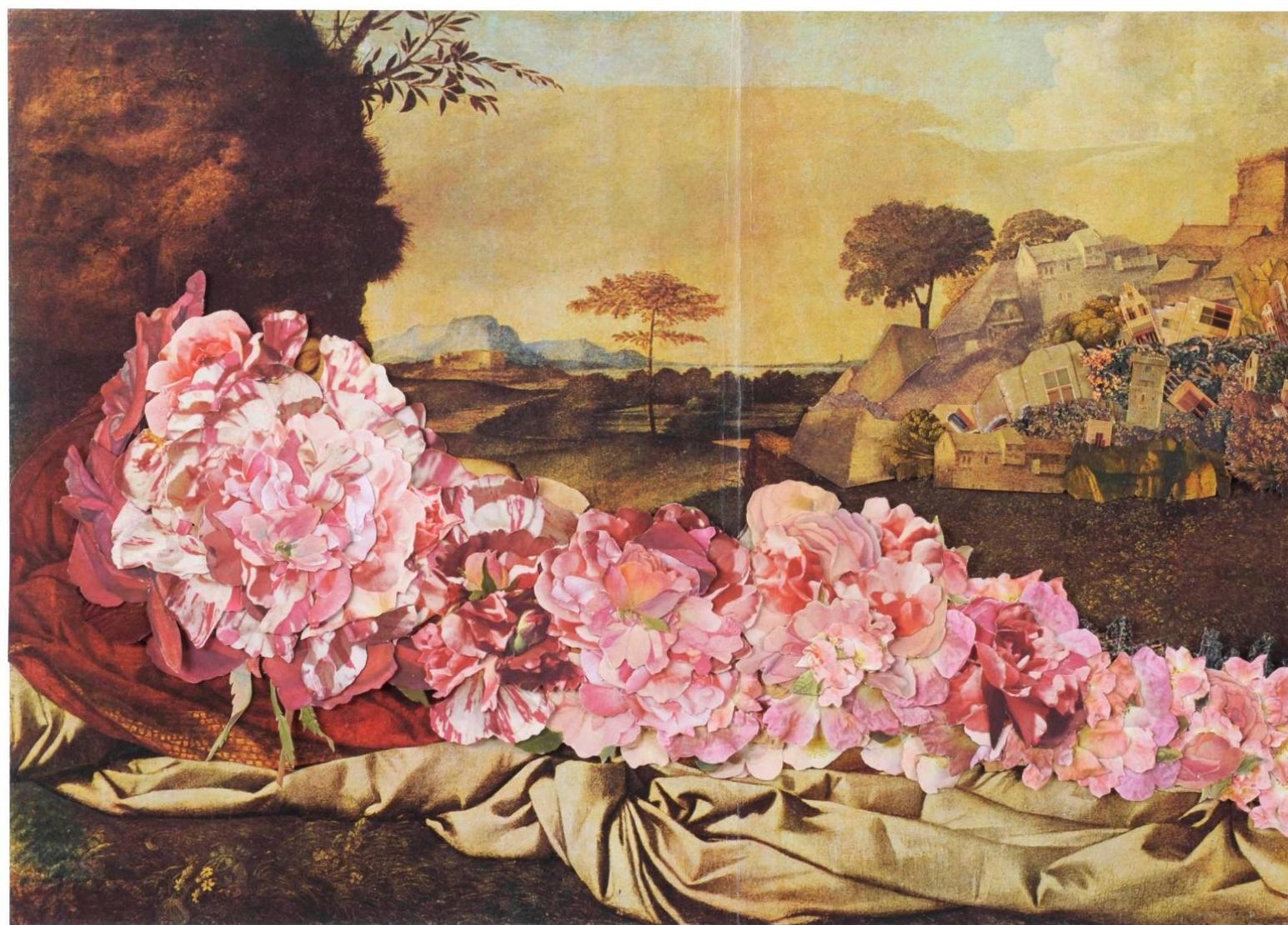


Año VIII – N° 9 – Septiembre de 2025.
ISSN: 3008-9743

Aquilea

Revista digital de la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF



Aquilea

**Revista digital de la Maestría
en Escritura Creativa de la UNTREF**
Año VIII – N° 9 – Septiembre de 2025
ISSN (on-line): 3008-9743

Director

Maximiliano Crespi

Editora responsable

María Negroni

Secretaria de redacción

Ana Abbate

Colaboran en este número

Pedro Rey, María Negroni, Joaquín Montico, Lía Chara, Aníbal Jarkowski, Lucía Igol, Fernanda Nicolini, Benjamín Salas Sadler, Josefina Fonseca, Paulina Bonino, Mercedes Roffé, Eduardo Savino, Gabriel Quiña, Karina Echevarría, María Gabriela Ayala, Iosi Havilio, María de los Ángeles Boniardi y Francisco Rapalo.

Arte y diseño

17grises editora

Imagen en tapa

Rosana Schoijett: *C #54-136 (Giorgione 19, Codex, 1964 / The Batsford Colour Book of Roses, 1962)*. 2012-2024. Papel impreso, hilo. 34 x 52 cm

Agradecemos a la Fundación MEDIFE por la ayuda en la corrección de este número.

Las opiniones vertidas en los diferentes artículos corresponden a sus autores y no necesariamente son compartidas por los editores de esta revista.

Sumario

Textos de Profesores

ensayos

I

Webwern

por **Pedro Rey**

6

II

Un nido de prisiones

por **María Negroni**

19

La experiencia de una Beca

informes

I

Diario éxtimo

por **Joaquín Montico**

25

II

*Fragmento de El soneto
nacional*

por **Joaquín Montico**

33

III

Febrero encendido

por **Lía Chara**

34

VI

Quieto y brava

por **Lía Chara**

39

Textos de estudiantes (de la Maestría)

*La ficción como origen
de la ficción*

**Aníbal Jarkowski, Lucía
Igol, Fernanda Nicolini,
Benjamín Salas Sadler,
Josefina Fonseca y Paulina
Bonino**

43

El arte como artificio

**Mercedes Roffé,
Eduardo Savino, Gabriel
Quiña, Karina Echevarría y
María Gabriela Ayala**

80

Textos de estudiantes (de la Diplomatura)

I

Presencias reales

**Iosi Havilio,
María de los Ángeles Bo-
niardi y Francisco Rapalo**

89

imágenes

Rosana Schoijett

por *Aquilea*

97



Rosana Schoijett: *C #141* (*Konrad Witz 69, Codex*, 1964 / *Plantas y Flores, Sarpe*, 1980). 2024.
Papel impreso, hilo. 31,5 x 29 cm.

Textos de profesores

La escritura en el aula

Uno de los desafíos fundamentales de la docencia en la Maestría de Escritura Creativa es el de enseñar produciendo obra. La planta de escritores-docentes que guía esa enseñanza en la UNTREF asume esa tarea como un horizonte deseado e irrenunciable.

A continuación, presentamos a los lectores y lectoras de *Aquilea* un par de textos firmados por el escritor, traductor y periodista Pedro Rey y por la escritora, poeta y traductora María Negroni.

Webern

por Pedro Rey

De él sólo habrían de quedar tres horas —leyó Katsikas, recostado sobre la cama de hierro, dura como un catre de campaña, bajo el virulento foco amarillo de la lámpara que entintaba todavía más la ventana detrás de la que se encontraba el campo ralo; la ventana, que permitía escuchar a una distancia indeterminada, siempre móvil, llegó a pensar Katsikas, la miríada de las calandrias y el benteveo, los zorzales, la lechuza ominosa, los patos picazo que surcan y surcan la laguna; leyó Katsikas, años antes de morir, cuando después de su liberación recaló en la propiedad aislada, perdida en medio de la llanura, que pertenecía a un tal Platonov; leyó Katsikas, que ahí mataba el tiempo en su intento de deshacerse del recuerdo inhóspito de las recientes mazmorras; Katsikas, que durante el día oteaba la llanura lisa, cebaba mate, fumaba picadura y rogaba que se hubieran olvidado de él para siempre, todos, del último al primero; leyó Katsikas, que en ese mismo campo descubrió, o creyó descubrir, gracias a la biblioteca de su protector, una tardía y teórica pasión por la música contemporánea, música de la que no había escuchado jamás ni una nota, de la que apenas estaba leyendo y a la que, contra toda expectativa, comenzaba a considerar en su fuero interno la banda fría, persistente, inaudita, sonora, de sus cuarenta años desastrados—, de él sólo habrían de quedar tres horas de música. Curioso destino el de esa producción que apenas dura, el de esa obra contaminada por el perfeccionismo maníaco y paralizante de su autor, el de esa obra lacónica, aforística, el de esas composiciones concentradas que, a su modo, reniegan de la duración. Apenas tres horas.

Tampoco es de creer —silabeó Katsikas, en un rumor apenas audible, rumor del que aprende a leer, o del que ve mal bajo ciertas luces; silabeó, a la par que se salteaba una página y pasaba la palma de la mano por la entrecana barba de dos días, erizada, de puercoespín; siguió silabeando Katsikas, mientras trasladaba la misma mano hasta los testículos inflamados y los colocaba en una posición menos incómoda dentro de la bolsa rugosa de los pantalones; bisbiseó Katsikas, buscando contener su atención todavía, porque el sueño empezaba a embarullarle las ideas, a distribuir, contra el delgado plano sobre el que se fijaban, orificios negros detrás de los que sólo se intuía un vacío vacío—, tampoco es de creer que su obra, y la parquedad de esa obra, estuviera por aquellos días en el centro de sus preocupaciones. Diversos indicios sugieren que, a pesar de tantos malos augurios, el compositor predecía años de intensa labor. No tenía razones para aventurar que el fin se encontraba tan cerca, que poco más de un año después, un 15 de septiembre

un 15 de septiembre (faltan horas para otro 15 de septiembre, fue repitiendo, como el que aprende a leer, o apenas ve, Katsikas) todo habría llegado a su fin, de una manera subrepticia, incalculable, trágica y, sin embargo, no carente de farsa o de comedia.

Desde el inicio de la contienda, las depresiones de su juventud volvieron a hacer acto de presencia. La prohibición de publicar sus obras, que al principio recibió con indiferencia, de pronto comenzó a agobiarlo, a atenazarlo. Otras circunstancias unieron fuerzas y lo fueron minando: el amargo distanciamiento de aquel al que consideraba su maestro y mentor; el tedio burocrático de su trabajo editorial, en que debía aceptar o rechazar partituras ajenas y corregir las respectivas galeras; su miope confianza en

los valores de una cultura que le imposibilitaba ver, a pesar de su inquina visceral contra la tromba antisemita, lo a todas luces evidente. Lo más importante, en todo caso —leyó Katsikas, que hacía exactos tres años que no escribía una línea, ni siquiera una anotación circunstancial; leyó Katsikas, que había llegado a creer que la mano se le iba anquilosando, que los tendones estaban a punto de soltarse; leyó Katsikas, de pronto sofocado por el pasado, por la divisoria de aguas que otros trazaron en su vida, como si la sola idea de escribir, o de dejar algo por sentado, lo fulminara en la cama; leyó Katsikas, que lo último que había escrito, años antes, hacía referencia al fuego; Katsikas, que había escrito ese relato con el fin de purificarse de algo que lo excedía; ese relato, que en vez de purificarlo, como pensó que ocurriría, terminó por lanzarlo a una discordia incontenible— es que no encontraba el modo de sentarse a componer de manera regular. Carecía del menor vestigio de concentración; la serenidad requerida para esos esfuerzos se le había ido entre los dedos. Como a tantos otros, la guerra lo había desahuciado. En una nota circunstancial dejó constancia de esa sorda implosión; se iba enturbiando, decía, y a su alrededor todo iba quedando fuera de foco, se iba yendo hacia los costados, perdiendo su punto de apoyo; su conciencia era una hondonada sobre la que arreciaba un viento áspero y estéril. Una tundra.

Pronto fue evidente que la única salida plausible sería dejar la capital. Webern y su mujer decidieron, entonces, reunirse con las dos hijas que poco antes, cuando los tanques soviéticos iniciaban su escalada ineluctable, se habían refugiado con vástagos y maridos en una localidad del interior, extraviada en el área montañosa del Pinzgau. Allí, en esa pequeña ciudad, llamada Mittersill, el esposo de una de ellas había heredado poco tiempo

antes una propiedad. Consideraron que el sitio sería idóneo para atenuar las consecuencias del final de la guerra —leyó Katsikas, que escuchaba en ese instante casi sin advertirlo cómo Platonov, o alguno de sus empleados, cerraba afuera uno de los portones, el de los establos o el del inmenso depósito rural donde guardaban los tractores, los arados; leyó Katsikas que distinguió, sin prestarle atención, el chirrido serial que producía la plancha de metal al corcovear sobre el suelo de grava; leyó Katsikas, que se deslizó un poco más hacia el fondo de la cama de hierro, encas-trando la nuca contra la almohada, demasiado almidonada, que iba fermentando con sus plumas la ordalía de una alergia general; Katsikas, que volvió a sentir la puntada en el pulmón izquierdo, viniendo desde abajo, como si se hubiera apoyado sobre un solitario clavo de faquir—, la febril ocupación de la capital. Alentados por las hijas, con las que a diario mantenían correspondencia, terminaron por unírseles. Era un proyecto menos razonado que intempestivo, sin plazos preestablecidos, y la visita no se prolongó demasiado. El compositor toleró mal los inconvenientes cotidianos, la precariedad y las carestías, por lo que tras un par de semanas dio a entender que lo mejor sería regresar, para retomar sus trabajos suspendidos, a la ciudad de la que había escapado. Ahí, enterrados para evitar potenciales saqueos, habían quedado los manuscritos, las partituras, una porción de su biblioteca. Algunos testigos aseguran que durante ese período en Mittersill no hizo nada, que, por lo esencial, se dedicó a recorrer los alrededores y las faldas de las montañas, muy similares a aquellas en las que había crecido. Dedicó la mayor parte de sus energías a la botánica. Siempre con su diccionario técnico a mano, disecaba flores alpestres, investigaba las múltiples especies de musgos y líquenes aferrados a las rocas, se hacía de hongos

elefantiásicos, meditaba sobre las formas y su variedad. El mundo vegetal, con su indiferente proliferación, los paseos al aire libre, que le evitaban las fricciones del mundo, terminaron influyendo para bien en su salud. Su tez recuperó coloratura. A quien quisiera oírlo le aseguraba que, en tiempos de debacle, no había nada como la fotosíntesis.

Webern retornó a Viena a mediados de agosto, con la íntima convicción de que al fin podría entregarse a las composiciones pendientes. Como si quisiera contradecirlo con brutal ironía, lo aguardaba, en cambio, un telegrama. Le indicaba la fecha y la hora en que debía presentarse a ocupar “un puesto de trabajo” —leyó Katsikas, que sólo había tenido un único puesto de trabajo en toda su vida, cuando en la primera juventud se había dedicado a la traducción de textos técnicos en una empresa de importación/exportación; Katsikas, que siempre necesitado de horas para el ocio contemplativo, llegó a la conclusión de que las ocupaciones con horario fijo y salario mediocre no se adecuaban a su temperamento; Katsikas, que a partir de entonces fue sobreviviendo gracias a trabajos esporádicos de fácil ejecución, a la publicación de sus primeras ficciones dispersas y al razonable usufructo de la herencia materna; Katsikas, que la única ocasión en su vida en que ocupó un puesto de trabajo fue presa de un rigor muscular que le impedía cruzar ciertas calles y lo condenaba a deambular por una topografía de apenas diez manzanas, a recorrer, sin escapatoria, un repetido reino de piedra, concreto, brea y fragmentarios cielos grises. “Un puesto de trabajo” era, por supuesto, un eufemismo. En realidad, debido a la urgencia de la situación, lo convocaron a servicio sin tomar en cuenta su edad ni sus capacidades. Como el de todos, el suyo era apenas otro apellido en una lista anónima. A pesar de su absoluto

desconocimiento en la materia, fue nombrado guardia antiaéreo. Se le entregó un uniforme y le fue asignado un lugar, con su respectivo catre, para dormir en los cuarteles. Su correspondencia de aquellas jornadas prueba que lo que en un comienzo fue angustia, la sería amenaza de un colapso nervioso, pronto devino rutina sin escándalos. No se divisaban aviones. No vio ninguno en todo ese período, ni siquiera surcando por distracción el horizonte. Por escrito, se burlaba de la tela basta de su uniforme de recluta, comparaba sus actividades cotidianas con las de un albañil. Su principal tarea consistía, según enumeró, en el traslado sin pausa de materiales para la construcción, ladrillos, arena, bolsas de cal, canto rodado, desde las seis de la mañana hasta la caída del sol, momento en el que un timbre mal calibrado decretaba el fin de la jornada laboral.

Cuando por fin, meses después, fue eximido de esas tareas y pudo volver a su departamento, lo esperaba otro telegrama con noticias más amargas todavía. El mensaje, escueto, anunciaba que su único hijo varón, Peter, conscripto del ejército —leyó Katsikas, que pensó por una fracción de segundo en la mañana de mañana, que avanzaba desde el este clara y transparente; leyó Katsikas, mientras se rascaba la piel de la que se desprendían breves tiras reseca; Katsikas, que las exponía contra la luz de la lámpara e investigaba con curiosidad esos restos, su propia muda de reptil—, había muerto ese mismo mes de febrero. El tren en que viajaba su destacamento fue alcanzado por las bombas que, lanzadas en ramillete por los cazas, dieron de lleno en la formación e hicieron descarrilar la mayor parte de los vagones. La desgracia ocurrió en los Balcanes —y Katsikas, en el campo, detuvo de manera brusca la lectura, desestimando la mañana, y pensó: los Balcanes; nunca estuve en los Balcanes; nunca voy a estar, y, sin

embargo, hay un olor que conozco, no a pólvora, no a guerra, no a campos o ríos, qué extraño, un olor a pequeñas cosas nimias, a incienso, a ropa con sobredosis de naftalina, a café con borra en recipientes de zinc, a madera cruda, sin pulir, a, a qué; y Katsikas, en el campo, sobre la cama de hierro, se detuvo y pensó: mi padre es un recuerdo remoto, ni siquiera llegué a conocerlo, es una mano suelta, sola, desprovista de cuerpo, que acaricia la cabeza; es tarde, detesto los ruidos de este campo, los ruidos patibularios, los chirridos, la red de lo ínfimo, debería llegar al final del capítulo y después tratar de dormir, torcerle el cuello al insomnio—. Días antes de la ocupación efectiva del país por los soviéticos, el 31 de marzo para mayor precisión, el músico de sesenta y un años, devastado por la noticia, debilitado por la mala alimentación, partió una vez más en dirección a Mittersill. En esta ocasión lo hizo a pie, en compañía, otra vez, de su mujer. Fueron a pie, pero no, como podría creerse, para ocultarse: el servicio de ferrocarril se encontraba desafectado y, aunque de vez en cuando podía verse en movimiento alguna formación aislada, se trataba de convoyes militares vedados por completo para el uso de civiles. De más está decir que la caminata obligada fue lentísima y tortuosa. Es verosímil que el matrimonio haya debido combatir el hambre mediante la ingesta de frutos silvestres, incluso de raíces. Además de ser acosado por una tenaz puntada de desfallecimiento, Webern enfrentó otras dificultades. El pedregullo del camino se le introducía una y otra vez en los zapatos y, al sacárselo, para devolverlo a su lugar de origen, descubrió que se le habían venido formando toda clase de ampollas —leyó Katsikas, y detuvo la lectura para mirar, en el extremo de la cama, sus pies descubiertos, y en la zona metatarsiana, sus propias ampollas; leyó Katsikas, al que sus propias ampollas le recordaron hongos,

flores alpestres, muertas polillas nocturnas; Katsikas, que supo diferenciar las viejas ampollas de las ampollas frescas que se habían cobrado en esa última semana los terrones negros y cristalizados del campo, y el viento cortante, y el frío lapidario; Katsikas, que pensó que a la mañana siguiente, aunque no estuviera obligado a hacerlo, se levantaría a primera hora y, sólo por hacer algo, a pesar de las ampollas que casi le impedían caminar, y el dolor general del cuerpo, de las fibras y de los huesos, se pondría a ordeñar alguna vaca en los establos, o ayudaría a recolectar el heno con tridentes oxidados, o se quedaría mirando el óvalo dentado de la laguna, de un gris irregular y carcomido, una laguna artificial, pensaba, en la que seguirían reuniéndose los patos, con sus picos rojos, su plumaje negro, pero también las aves bastardas, inclasificables; Katsikas, al que dormir le costaba demasiado, que no dormía más de tres horas por noche, al que cualquier ruido que no coincidiera con su idea del gran diseño nocturno, por tenue que fuera, lo desvelaba—. El compositor y su esposa caminaron y caminaron durante al menos un par de días hasta que en una terminal de segunda importancia se les permitió comprar boletos para dar cuenta del resto del trayecto. Las razones para semejante excepción no quedan claras: puede deberse a la piedad de un empleado de provincias o a la posibilidad de que para entonces los controles se hubieran relajado. Una de las hijas, casi con seguridad Amélie, pasó a buscarlos por la estación, lo que probaría que en algún momento encontraron el modo, algo insólito dadas las circunstancias, de efectuar un llamado telefónico. Desde la última visita, habían cambiado las condiciones de vida dentro de la casa. Con los pies desollados, algo que lo obligó a guardar cama durante varios días, Webern tuvo que acostumbrarse a convivir en ese perímetro escaso con

otras dieciséis personas. No quedaron testimonios sobre esa coexistencia promiscua. Al por lo general remilgado y obsesivo músico, es de suponer, debe haberle resultado intolerable.

Sin embargo, ha podido recopilarse información sobre muchas de sus actividades cotidianas. El párroco de la iglesia local, que había trabado conocimiento con él en su anterior visita, asegura haberlo visto más de una vez atareado con la espineta de la capilla. Según parece, por las tardes se daba una vuelta para ejecutar piezas renacentistas. Notas estridentes, sin fin. También pasaba largo rato, según una vecina que declaró haberlo observado más de una vez a través de la ventana que daba a la calle, inclinado sobre una —leyó Katsikas, mientras en su cerebro se formaba una constelación nebulosa; leyó Katsikas, que en otras épocas, en mal de inspiración, era dado a perder horas realizando dibujos torpes e inconclusos; leyó Katsikas mientras pensaba: 15 de septiembre, 15 de septiembre; leyó, mientras se esforzaba para que no se le cerraran los párpados y respiraba hondo para oxigenar la sangre, para darle empuje a su propia circulación— inclinado sobre una mesa con lápiz y compás. Trataba figuras geométricas, líneas o, llegado el caso, signos incomprendibles, notas sueltas y desperdigadas. Al parecer reemprendió, además, sus excursiones por los senderos de montaña en busca de ejemplares inauditos. La recolección botánica, le informó a una de las hijas, era un eficaz sustituto de la recolección sonora.

En una carta de ese último período, destinada a otro compositor, Webern explica qué es aquello que especialmente le interesa en la flora. Lo que lo conmueve no es, contra lo previsible, el estereotipo romántico de la naturaleza, sino el insondable sentido oblicuo que presiente en todas las cosas. “Toco las flores —

escribió— y se me queman los dedos. Todo es ígneo y se consume de inmediato. Es como si las estribaciones del mundo, y yo con ellas, fueran diluyéndose hasta que sólo queda la bruma, la aleación de las alturas”.

La engañosa calma de estas escenas bucólicas no duraría mucho más. Durante el verano de ese año, el último de la contienda, el ejército norteamericano de ocupación decidió enviar de urgencia soldados a Mittersill. El objeto de esa misión era desactivar el tráfico ilegal de divisas y el floreciente mercado negro que medraba en la zona. Lo más escandaloso de estas actividades, que habían transformado la apacible localidad en un ajetreado enclave de paso, era que se daban entre los residentes locales y el personal del mismo ejército ya instalado en el lugar. Pronto fueron impuestos un toque de queda, cortes periódicos de luz, una vigilancia estricta, en el barrio en que vivía una de las hijas con su marido, sospechado de ser uno de los miembros más activos en ese contrabando. El 15 de septiembre

el 15 de septiembre (faltan horas para otro 15 de septiembre, pensó Katsikas, todos los años hay un 15 de septiembre, habría que eliminarlo del almanaque)

el 15 de septiembre hubo cena en casa del advenedizo yerno en cuestión. Era usual que las distintas familias se reunieran al menos una vez por semana. El músico aprovechaba por lo general la ocasión para quedarse, más a sus anchas, en la otra residencia. Nadie sabe bien qué hacía en soledad: tal vez sólo durmiera. Esta vez, en cambio, para sorpresa de todos, aceptó participar del encuentro porque se celebraba alguna clase de aniversario. No eran tiempos para derrochar optimismo, aunque durante el frugal banquete, según parece, hubo algo de jarana. Se cantó y se brindó, y al compositor, siempre

circunspecto, rumiando su desesperación, se lo vio de excelente humor. Acabada la comida avisó que saldría al aire libre a fumar un cigarro. En el interior de la casa había demasiada gente y el humo se volvería intolerable para las mujeres y los niños. La carestía se había ahondado; es razonable pensar, por tanto, que el proveedor de tabaco fuera su propio yerno. Webern dio un par de pasos en la noche y antes de encender su puro se quedó respirando el aire veraniego. Con toda probabilidad la casa, sin que sus habitantes lo supieran, estaba siendo vigilada. En las inmediaciones, en todo caso, a poca distancia pero oculto en la oscuridad, se encontraba apostado un soldado norteamericano. Apenas el centinela vio una silueta que se movía bajo los árboles dio la orden de “manos arriba”. El compositor no lo escuchó —o, dado que desconocía el inglés, no entendió lo que se le estaba diciendo— porque a pesar de todo encendió un fósforo. Acto seguido, el soldado disparó tres veces. Los proyectiles fueron a dar, para luego atravesarlos, en el pecho (uno) y en el abdomen (dos) del músico. Las versiones sobre esta escena, que careció de testigos, son muchas, pero discrepan en puntos esenciales. Algunas voces sugieren que Webern llegó a fumarse medio cigarro, que se permitió alguna mirada despectiva o, por el contrario, que intentó entablar conversación con su próximo ejecutor; otras, que ni siquiera llegó a dirigirlo hacia la boca, que apenas logró enarbolarlo en el aire antes de ser acribillado. El centinela, a su turno, alegó que había sido atacado por el occiso con un objeto contundente, una barra de metal, y que, por tanto, había actuado en defensa propia. Dada la edad y el precario estado de salud de la víctima es poco creíble, por no decir imposible —leyó Katsikas, que abandonó sin encender el cigarrillo que venía armando con la mano derecha y acababa de adherir con saliva; leyó Katsikas, que

sostenía abierto el libro sobre los muslos con el índice y pulgar de la izquierda; leyó Katsikas, que sintió un mareo artero, como si la presión le estuviera bajando a raudales; Katsikas, que se apretó los lagrimales con los dedos de la otra mano y vio en el fondo de los ojos un remolino de puntos esquivos y frenéticos—, imaginar que sus fuerzas le hubieran permitido empuñar nada, que haya podido siquiera intentar agredir a nadie. Sí lo creyó así, por el contrario, el tribunal que días después juzgó al centinela; sobre todo si se tiene en cuenta que, sin iniciar investigaciones, lo liberó de culpa y cargo. Aquella noche, la noche del crimen, el cadáver fue trasladado dentro de la casa y hasta el arribo de las autoridades competentes permaneció, mientras iba perdiendo calor, sobre la mesa en que poco antes había cenado. Era de baja estatura. No llegaba a ocupar la mitad de la superficie. Con los charcos de vino circundantes, que rozaban y humedecían el traje, el cuerpo recordaba un espécimen en exposición.

En la pequeña iglesia barroca del lugar se llevó a cabo a la mañana siguiente una misa, acompañada por un réquiem gregoriano. La ceremonia fue breve. Apenas cinco personas siguieron el ataúd hasta el cementerio —y sin dejar de leer, Katsikas estiró el brazo blanco y delgado hasta alcanzar el interruptor; y Katsikas, ignorante, se preguntó en voz alta, él, que nada sabía de música, cómo carajo sonaría un réquiem gregoriano; y Katsikas apagó la bombita y la ventana entintada dejó ver del otro lado, al esfumarse las orlas artificiales contra el vidrio, una negrura sin pausa, dejó escuchar con mayor distinción la fuga de sonidos que picoteaban, afuera, cada centímetro del espacio; y Katsikas tuvo tiempo de conservar en las retinas la última frase, en el umbral de la cual se había detenido, que no había alcanzado a leer, que sólo había abarcado con un golpe de vista para después verla titilar en la

mazmorra de los párpados cerrados, preguntándose si sería cierta, si no estaría fraguando, si ojo, oído y mente, confabulados, no andaban engañando— y durante el lento trayecto pudo escucharse la miríada de las aves, la alondra, el ruiseñor, las estridentes cotorras en escuadra, cuando

Un nido de prisiones

por María Negroni

La poesía es un *inutensilio*, escribió Paulo Leminski en su libro *Un signo incompleto*.

El neologismo es feliz. Proclama, con Wallace Stevens, que el único tema de la poesía es la poesía misma y con Gottfried Benn, aún más provocador, que los contenidos son meras “euforias” para ejercicios artísticos.

El poema comienza allí donde se ponen en pausa los datos del mundo, no para borrarlos, sino para volverlos legibles desde una historicidad más alta.

Se trata de percibir, como quería Edward Said, que la literatura solo empieza “cuando el arte no abdica de sus derechos en favor de la realidad, cuando ejerce las prerrogativas de la estética”, que el lenguaje se construye en torno a un hueco y que todo texto aspira a mostrar lo incompleto, lo fuera de lugar de nuestra condición.

Esta conciencia es crucial para quien escribe.

No sólo frente al Estado (que siempre quiere entender todo y fijar de una vez las ataduras entre significantes y significados), sino también frente al asedio de las agendas sociales que, aun siendo justas, acaban perdiendo su fuerza transgresora apenas el mercado —y otras instituciones culturales— las recogen, transformando la desavenencia en moda, la discrepancia en chances de lucro.

Para la sed pulsional del artista, el presente es un nido de prisiones.

La literatura nunca ha sido un medio eficaz de agitación.

Más bien, como decía James Joyce, es tan imprescindible como la heráldica o la numismática.

O como argumentó con sorna Juan José Saer:

“El poder político siempre imagina al arte como una dependencia de la Secretaría de Cultura. Pero el arte y la literatura no pueden jamás adherir a un sistema de pensamiento que se pretenda totalizador, en la medida en que eso está en contra de su modo peculiar de producción.”

Su modo peculiar de producción no es otra cosa que existir sin causas ni finalidades, en *estado de manera*.

Mario Montalbetti escribió este poema en su libro *Apolo Cupinisque*.

El canto de las aves

*El canto de las aves escondidas en el follaje
Apenas alcanza las tres sílabas*

Luego silencio

*Luego otra vez alcanza las tres sílabas
Luego silencio*

*Es la forma que tienen las aves de no decir nada
Luego otra vez*

*Tres sílabas luego silencio y luego otra vez
Es el canto de las aves escondidas en el follaje de los ficus*

Tres sílabas silencio otra vez

Es la forma que tienen las aves

De no decir nada

Tres sílabas silencio tres sílabas

Pero el canto

Es hermoso y se repite regularmente al atardecer

Y luego otra vez

Y luego otra vez

Y no dice nada

La sencillez del poema es engañosa. En un exiguo espacio donde sólo se escuchan sílabas de aves y silencios, Montalbetti expone una poética que se vuelve provocadora en la medida misma en que rehúye la provocación. El corolario es nítido: ningún deber, ningún mensaje es necesario; alcanza y sobra con el don irrenunciable de lo hermoso.

Esto no equivale a afirmar que no interese lo político.

Ni que la desdicha, las cóleras humanas, o las distorsiones brutales del mundo en que vivimos carezcan de importancia.

Hay una política en el lenguaje y una política en las pasiones.

Me gusta la manera en que lo formuló David Oubiña: no se trataría de narrar la política mediante la literatura, sino de “hacer política *en* la literatura (*adentro de la realidad textual* que se está creando), una militantización de la literatura que sería lo opuesto a una literatura militante”.

Joseph Brodsky observó, a propósito de Ossip Maldestam: “Fue su solvencia lingüística —su voz demasiado singular—, la que lo metió en líos, mucho más que su posición política”.

Yo agregaría que esa resistencia se ejerce desde lo inactual, desde lo que dice a destiempo la verdadera historia, enfrentándose a la lengua vigilante de la *realpolitik*.

Esto, en sí, ya es altamente volátil.

No conozco mejor antídoto contra el autoritarismo.



Rosana Schoijett: *C #144 (Versace Fall Winter, 2001 / Plantas y Flores, Sarpe, 1980)*. 2024.

Papel impreso, hilo. 39 x 56 cm

Informes

Experiencia de la Beca

Una beca no es sólo una demostración de confianza sobre el horizonte de un proyecto o un talento particular; es también la asunción de un compromiso por parte de quien la recibe. Los informes de Joaquín Montico (en el espacio formal del “Diario éxtimo”) y de Lía Chara (en el despliegue de una serie de notas en las que se afirma el riguroso trabajo de la prosa) dan cuenta tanto de la dimensión del compromiso tomado como del justo merecimiento de las becas otorgadas.

Diario éxtimo

por Joaquín Montico

Invisible, novelesco, quizás inexistente, pero lo mismo, querido público lector.

Este espacio se busca a sí mismo. Como la vocación de *Tomas para un documental*, un libro inexistente de un poeta real, voy a seguir bajo el formato de *Diario éxtimo*.

Anoche, en la cena, Caro Aldao nos convidó un vino que tomamos en la galería que da al lado de la cocina, de cara al patio. Con un fresco parecido a las tardes de Bahía. Me pidió que abriera el vino, y cuando bajé los bracitos del sacacorchos, quedó el tirabuzón en el corcho. Le tuve que dar con una piedra y después con un súper sacacorchos (¿cuántas veces se puede repetir una palabra cuando no se emplea la anáfora?), que parece un revólver y pesa como cinco kilos.

Borges, borges, vorgs. Yo me traje el Ulises y todo es Borges acá.

13 de febrero

Dormí bien. En ayunas hice una rutina saltando en una pata alrededor de la mesa de la habitación hasta llegar hasta el fallo. Sesenta abdominales, cuarenta flexiones abiertas. Hoy no me maree. Fui al molino sin aspas.

Ayer vi *Cecil B. Demente* de John Waters. Es la primera película que veo de él. Me gustó mucho, sobre todo cómo ejecuta la idea de que para hacer una buena película hay que estar dispuesto

a morir. Mejor: la única manera de hacer una buena película por fuera de Hollywood es muriendo. Actúa como Michelangelo en *The Wire* y Maggie Gyllenhaal.

14

Hice el laberinto dos veces. Por adentro y por afuera. Fui como tiro, levantando tierra, con los auriculares escuchando Loquero. En la “pulpería” del laberinto, al costado de la acequia a la sombra, me leí dos poemarios de corrido: uno de Henri Meschonnic y otro del turco Nazim Hikmet. Me gustó más el primero, aunque sospecho que el segundo no soportó la (mala) traducción. La lectura me ordenó, activé la corrección de “El soneto nacional”. Estoy usando imágenes de E. Stupía.

Uno de HM que me gustó:

palabra por palabra salgo de mí
otra después otra
yo me conmigo
una palabra mi corazón apenas una palabra
por una palabra un poco de noche
un soplo de hilo
sombra para ver
la vida toda en los oídos
el día me silva yo vengo

Poema de la pág. 63 de *Puesto que soy esa zarza*, traducción de Hugo Savino.

Me resisto al Ulises.

Hoy mi abuela Tila cumpliría 95 años.

16 de febrero

A mitad de la noche me despierto con la garganta seca. Me quedé leyendo un texto que estaba en la *tablet* de Benjamín Labatut. Me atrajo porque hablaba de ciencia. Después se contamina de forzadas inflexiones progresistas. El juego que hace está bien. Me gustaría leer más de Labatut. “Extracción de la piedra de la locura” se llama ese que digo que leí.

El agua del vaso se movía, por suerte era el ventilador de pie que le pegaba cuando volvía de decir “no”. Justo habíamos hablado con Aye (mi novia) de que desde que no dormimos juntos tenemos miedos paranormales. Como tres años seguidos durmiendo juntos. Lógico.

En una de las salas de la casona hay, pintado por Norah Borges, un arcángel de San Rafael sobre arpillera.

Hoy a la noche vamos con los Aldao y Lía a la pulpería del laberinto a ver un show de no sé qué.

Leí a la sombra, en el bosquecito que hay al lado del laberinto. Nada me llama más la atención que el molino sin aspas.

Vino Mini, una amiga de la familia, que Carolina hace mil años que no ve. Tiene 80. Creo que vino en auto desde CABA. Se presentó y empezó a hablar de Patricio su finado esposo, amigo de Camilo, el Aldao que ideó y ejecutó lo del Laberinto de Borges.

[...]

La heladera de la casona es con puerta de vidrio, como en el supermercado. Me quita la posibilidad de ir a explorar lo desconocido cada cinco minutos, porque todo está ahí a la vista. Y por más que abra la puerta es como si me estuviera diciendo “sos un pelotudo, no ves que se ve”. Entonces no la abro y la frustración es total.

17 a la mañana

Anoche cena en el laberinto con Carolina y Fermín Aldao, Mini, viuda de un Peralta Ramos, contó anécdotas y prometió más sobre Federico Manuel; y Chichina, tía de Caro, que vive en la casona, es sanrafaelina pero siempre le gustó el centro y trabajar de docente, pero quedó acá. El show era una narradora y una cantante de apellido Beccar Varela. Todos socios fundadores del país. Parece el diario de Bioy.

Estuve una hora en el molino sin aspas viendo cómo caían las gotas, una a una, de un lado de otro, respetando distintos tempos.

Leí *Luz artificial*, una revista en colaboración de VOX y Mansalva. Hermoso texto de Raimondi, I Acevedo, Lorenzo García Vega. Hoy agarro el *Ulises*.

Mini se fue hace unos días. Salió a las 5am en su auto alquilado hasta Mendoza, para dejarlo y tomar el avión a CABA. Ya no hay más anécdotas con Federico Manuel Peralta Ramos, ni la reina Máxima, ni los descendientes del General Paz.

Arranqué otra cosa: creo que se va a llamar Las tres tradiciones. Voy a usar a Mario Ortiz, Mariano Llinás y Nacho Bartolomé. Literatura, dramaturgia y cine. El hilo conductor es el espacio en el sentido de Pereg pero también en el de Bachelard. La materialidad y la imaginación y el vínculo entre ambos.

Sarmiento es el padre espiritual de este nuevo texto. Me pongo algo místico: el primer libro que agarré de la biblioteca Bombal, fue *Poemas Completos* de Borges y apareció “Sarmiento”, ese poema cuyo último verso es “Sarmiento el soñador sigue soñándonos”. Para Borges ¿Sarmiento será el Dios detrás del Dios? ¿Por qué Sarmiento? Porque tengo un textito inconcluso sobre dos momentos del *Facundo*, uno material y otro simbólico, donde se usan las mismas palabras.

19 de febrero

Ayer leí poemas y ensayos en las revistas *Sur* que están perfectamente ordenadas. En la *Sur* 318 de 1969, hay un ensayo de Starobinski que se llama Psicoanálisis y crítica literaria. Dice, más o menos, con citas y todo, que el psicoanálisis es deudor de la literatura y no de la ciencia, por más que haya habido una retórica científica y una necesidad de entrar en ese campo por parte de Freud. Estoy cada día más alejado del psicoanálisis. Ni siquiera me quedó la idea de que sirve. El psicoanálisis es un aspecto interesante de la cultura del siglo XX, que hoy se quedó en un ejercicio ensayístico, que sirve para pensar, para escribir, pero está abiertamente divorciado de la salud mental. Sus divulgadores en los medios/redes (A. Kohan, Chinaski) dejan de lado los trastornos mentales, la psicosis. La práctica psicoanalítica debería venir con una advertencia que diga “sólo apto para pequeñoburgueses urbanos sin trastornos mentales serios, con plata y tiempo”.

Los divulgadores de psicoanálisis citan a Barthes, a Borges, a Nietzsche para justificar lo que dicen, pero no mencionan ni un estudio, ni paper actual. Según un libro que leí hace unos años, de divulgación científica y salud mental, que se llama *El estigma de la salud mental: la psiquiatría*, de Marcelo Cetkovich, cuatro de cada diez personas padecen un trastorno mental grave en algún momento de su vida. Eso es a nivel mundial, pero Argentina replica la estadística. Creo que es pre pandémico el libro, por lo cual habría que ver ahora cómo es la cosa. Este tipo de cuestiones al psicoanálisis le pasan por el costado. Además, por lo menos en mi experiencia, desestiman el síntoma, nunca lo que decís que querés resolver o cambiar es lo importante, siempre es otra cosa, más profunda, distinta, uno no sabe nada de uno, somos gobernados por el inconsciente, entonces, ¿no existe la responsabilidad?

Leí cinco páginas del *Ulises*. No sé si lo voy a retomar.

22 de febrero

Entonces, qué emoción, ayer fuimos a los kartings con lxs pibes Aldao. Arranqué confiado, sin pisar el freno nunca, pero la necesaria combinación de coordinación y agallas y fuerza específica, no sé dónde, hombros cuellos, me hizo abatatar, no lo pude sostener. Salí último, el primero me sacó tres vueltas. Mucha adrenalina. Mientras esperábamos, se podía jugar un Daytona gratis, o un pool y tomarte un trago muy bueno en vaso de vidrio y no tan lleno de hielo, por cinco mil pesos. También había birra.

Me acuerdo de cuando el Chato, mi tío, me llevaba a ver midgets en Bahía. Una pista circular de tierra. Hinchamos por la Cotorra Saldamando. Volvería a ver los midgets. Volvería a correr en karting.

Pensando en el ensayo sobre espacio y tradición, en Ortiz, Llinás y Bartolomé. Algunas palabras clave: copia, plagio, homenaje, espacio físico, espacio literario, autobiografía, determinismo geográfico. Eso, a partir de ahí empiezo: determinismo geográfico, me apoyo en Sarmiento con cuidado y voy...

25 de febrero

Dos semanas de residencia. Los días apenas desiguales. Cada tanto algo de alcohol, dosis precisas de alimento. Eso es de Néstor Sánchez. Ayer tomé dos vasos de vino en el almuerzo, una pésima idea.

Mini le escribió un mensaje a Caro: “tengo todo lo de Federico Manuel (Peralta Ramos). Cuando vuelva CAP se lo muestro. Acá llovió por suerte. Calor terrible.”

Abandoné definitivamente el *Ulises*.

Viñas, olivos, duraznos, membrillos por la calle nueva que llega de San Rafael hacia la finca. Llovió toda la noche. Acá se ven las florcitas amarillas en la entrada, y atrás del crateus con sus pe-
lotitas naranjas se ve el molino sin aspas, que tiene los mismos años que la casa, como doscientos, y los olmos secos que me hacen acordar al poema de Machado que me hace acordar a Pablo Rieznik.

Me llama un amigo que está siempre arriba del camión.
—Cómo andás mugriento, así decía mi tío, mugriento, yo acá tirando dijo una vieja y estaba choreando cobre y acá en Deró estoy cargando, el bar que voy me corta un chorizo seco y un Cinzano tres mil pesos me cobra vos qué hacés.

[...]

Estoy encantado con el ensayo de Starobinski, “Psicoanálisis y crítica literaria”, que releí recién en la revista *Sur* 318, de mayo-junio del 68. Starobinski está enojado con Freud, se muestra en varios textos en desmedro de los poetas a favor de la ciencia.

Cita: El psicoanálisis, por su lado, quiere ser discurso científico en un lenguaje no cuantificable. La única referencia es la experiencia clínica, siempre única, irreductible a las coordenadas de un diagrama... La ciencia recurre a un control experimental y se somete a la decisión de la medida.

6 de marzo

La colección de la revista *Sur* que tiene esta casa es una golosina enorme llena de polvo. Ayer leí un ensayo de Sylvia Molly que se llama “Borges y la distancia literaria”. Es una preciosura de ensayo. Hay algo del germen de la hipótesis con la que trabaja Alan Pauls en el *Factor Borges*. Sylvia habla de la distancia que toman las citas —que pueden ser exactas, de segunda mano, o directamente apócrifas— y de las lecturas erradas que plantean que

hay que conocer todas las culturas del mundo para leer a Borges. Mismo espíritu que el libro de Alan. Sylvia Molloy, Alan Pauls: los quiero mucho.

7 de marzo a la noche

El agua llegó a un metro en algunas zonas de White. A mi primo Toro se le quedó la utilitaria en el puerto. Con el agua hasta la cintura caminó hasta lo de su madre, mi tía Mabel y la llevó a upa a los bomberos. La familia del Pocho fue evacuada.

11 de marzo

Llegué. Aye me regaló la *Sur* 318, con los textos de Starobinski y Molloy. Tiene un montón de recortes de diarios con los autores de ese número de la revista. No sé qué va a ser sin mí el molino sin aspas.

Fragmentos de *El soneto nacional*

por Joaquín Montico

Entonces digamos
el estilo es el árbol
que destella de sus raíces
intensidad marginal
hacia los rincones de la lengua
y por su propio bien
está obligada
a distinguirse.

Febrero encendido

por Lía Chara

Este es un diario, o tal vez no. Algo de mí se escribe en este cuaderno de tela azul y flores blancas.

El cuarto de vidrio forma parte de la galería. En la casa de la finca. Estoy sentada en un sillón de mimbre que mira al parque, a la pileta, a los olmos centenarios. Aquí escribo. Sobre un mantel de uvas moradas. En esta pecera de aire donde entra todo el verde y es membrana de lo que sale de mí. Desde este faro puedo ver lo que ocurre de este lado de la casa. Las voces que atraviesan el parque. También la noche oscura.

Del otro lado, la acequia, los viñedos. La tierra que hierve de tanto calor. El agua del riego. Mis pies. Mojados hasta tocar el barro. Este verano encendido. Quieto y alumbrado de tanto moverse dentro. Escribir es eso. Me digo. Un deambular por un camino de ripio, la tierra. Un atardecer detrás de los álamos.

Afuera, el cielo es pura estrella. Y los fantasmas. Los fantasmas también forman parte de la noche. De esta casa. Y de mí misma.

Busco en la finca espacios para encontrarme. Pruebo distintas mesas alejadas del sol. La que me invento debajo de un eucaliptus. La del mantel con uvas. La que perteneció a la escritora de la casa. *Alta en la tarde, altiva y alabada*¹. Un poema con su nombre. Borges en cada rincón. La habitación rosa con un fresco de Basaldúa.

¹ Susana Bombal, poema de Borges.

Borges. Borges. El retrato de Susana² junto a él. Susana entre la hierba.

En este sueño la pluma roja se enciende con el rayo del último sol de la tarde.

Los caminos se abren como ramas de una vid en el *fondo vegetal que todos tenemos*.

El año que viene me gustará hacer ahí soledad contigo. Escribe Ortega a Victoria en una carta de un febrero como este, pero de 1938.

En lo alto de la torre. Apunto. Una mañana temprano. En el cuaderno que saco y sostengo para que vuele. Allá en la altura. El laberinto precioso. Desde ahí lo puedo ver. Juego a memorizarlo. Lo leo con distancia de la tierra y también del tiempo. Vuelvo sobre la escucha. Anoto. Corrijo en el aire. Reescribo *silencio*.

Ahora estoy acá. En los senderos. Donde mirarse los pies. Más allá. El cielo. En el que me perdí. Me pierdo.

Recorro el infinito con los pasos y se hace bucle. Después una gallina roja al costado del camino. Ella sabe, me digo. Mi nombre está también escrito.

Si digo agua ¿beberé, eso que nombro por primera vez?

La palabra debajo de la palabra, debajo de la palabra. Como si se guardaran detrás de las puertas o si la tierra caliente se las comiera hasta la salida del sol. Y otra vez, y otra vez. Espíritus que habitan esta casa.

Un laberinto para perderse. Una trampa para no salir jamás.
Que el tiempo tarde y cada día dure más y más.

² Susana Bombal.

A mis espaldas, el cuarto tiene un piano vienés, abanicos de marfil y de carey. Una música que Caro toca mientras todos dormimos.

Hay tantos muertos sobre mí, me digo. Berlín. La madera negra brilla. Atrás. Un retrato de una joven dulce. Ilumina ese rostro fresco. Tanta Victoria por todos lados. Sur. En el otro extremo del cuarto damero cubre una pared una pintura de Soldi a la que una tormenta le entró desde el techo. Se hace presencia cuando al cuarto le entra el sol y yo me acuesto en un sillón floreado a dormir o escribir. ¿No es lo mismo? Un sueño. Cuadernos con firmas de los visitantes a la finca. Tantos que han pasado. Yo misma. Seré también algún día fantasma.

Me alumbra un fragmento de un poema de Silvina en el pasillo que llega a mi dormitorio. El trazo. El trazo también me escribe a mí como *verdes y embalsamados picaflores*³.

El cuarto de Susana está teñido de amarillo. Tiene santitos que puse de espaldas. Me miran a través del espejo. Rezan en coro una oración. Qué suena en mí cuando duermo. Un buró donde apoyo mis libros. Alejandra. *Ella desconoce el feroz destino/ de sus silencios*⁴. Algo de mí se escribe también sobre esa mesa. Me inundo de habitación.

¿Cuál es la lengua de un olmo?

Del otro lado un camino largo. Los olivos se despiertan. Entrecortado el sueño todo sol resguardo. Estas manos. El agua pasa fresca. Un rato. Y el calor. Y después. El perro se sacude. Siempre. El polvo. Luminoso en la casa. Escribo, no sé el oficio. Lo invento. Una espesura. Mi sombra en la piedra atenta a mí. Sigo un poco

³ Silvina Ocampo. “Enumeración de la Patria”.

⁴ Alejandra Pizarnik. “Zona Prohibida”, en *Sur* (1962). (Todas las revistas *Sur* mencionadas pertenecen a la biblioteca de Susana Bombal).

los pasos y vuelvo. Al teclado tan artificial, frente al verde. Con florcitas que se pegan con el paso. Pesa el día a veces largo. Y el calor. Hace que las cosas. Distorsionadas un poco, las veo como en un sueño. La pregunta que me nace. Quieta una hilera de cactus y el mirlo vuelve naranja el cielo. El pico me saluda o yo imagino. Ahora conversamos sobre maneras de mirar el cielo. Trece. En el día. Él, tan movimiento. Yo, en el mimbre tecleo.

Querida Victoria:

Tu carta me tranquiliza⁵.

El mirlo me observa. Sabe que lo estoy mirando. Su canto viene veloz sin pretensiones, llega hasta mí en un aleteo vibrante. Yo también le canto un poco. Existe para decirme. Un paréntesis. Un espacio. Este tiempo extraordinario.

Hay mañanas en que me invade una absurda alegría. Tengo el presentimiento de que una felicidad muy grande va a caer sobre mí (...). Me paso el día en una especie de exaltación⁶.

Busco la forma para llegar a casa. La casa de esto que escribo. Una mano, después otra. Hasta encontrar la palabra. Que no sirva para nada.

El mirlo aparece desde dentro de un olmo enfermo. Sale de su paréntesis. También de la muerte. Allá. Adelante. Lo sé. Aprende un poco mi acento, yo su andar pausado y trino. Después vuela. Vuelo también al cuarto vidriado a escribir.

⁵ Ortega y Gasset le escribe una serie de cartas a Victoria Ocampo que se publican en la revista *Sur* (1965).

⁶ María Luisa Bombal (prima de Susana), *La última niebla*. Ed (1971).

Último día de febrero. Los planetas se alinean. O yo fantaseo esta noche de calor. Que empiece la lluvia. En medio de esta danza. *No importa lo que las palabras dicen, importan los colores que las palabras arrojan a mis ojos*⁷. Un deseo pedido al aire.

*el rayo oscuro en la cabeza
de oro nacido para jugar
desembocada-
mente al pájaro mental*⁸

Un perro aúlla lejos. Las cosas desaparecen o queda de ellas un leve contorno, como el iluminado por la llama de una vela. Flota la pata de esta mesa donde escribo. La casa. Yo misma.

Estoy aquí arriba. El laberinto es un nido o un jarrón de barro. Un vientre donde duermo. Como un olmo. Que no se enferme. Que viva mil años. Como Borges. Como yo.

Encendido febrero, dejo en la sombra de este olmo mis prendas.

⁷ Dylan Thomas, “Manifiesto Poético”, revista *Sur* (1963).

⁸ Susana Thénon, “Distancias”, revista *Sur* (1969).

Quieto y brava

por Lía Chara

Deshilada yo de puro sol la noche fresca escribe por mi este sueño
en racimos la uva brilla tan extraña su estrella traza una estela
cerca de los pies el agua espejo de la tarde camino en sombrada
palabra una sola que junte el cielo con el verde.

Quieto y brava esta tormenta que no llega lejos se ve fantasma la
noche un hilo el olmo alto almo proyecta su sombra mía y qué si
oscuro el miedo llega un refusilo estremecido mi pálpito sabe que
de atrás viene el aliento de la noche.

Centellea la mosca esconde una araña su huevo en las sábanas
húmedas de la tarde y si nos dormimos por la lluvia un grillo del
tamaño de una mano sueña que es tormenta.

Tantea el suelo se arremete su sombra es polvareda galope con-
torno del camino el cuerpo brilla su pelaje negro apenas una
mancha lejos de noche un punto en la oscuridad el pensamiento
un rodeo y otra vez el trote suave se escurre en un vaivén el
músculo estira y pica la tierra sin estribo la crin corriendo al aire
vuela entre paso y paso mira el lucero lucerito que le habla de los
suyos sangre resopla dentro puro tambor su lomo su corazón sin

doma y levanta carrera ágil trote pena mía que se aleja ojos hocico
porte ecuestre vuela hacia el horizonte.

Casa estío la mañana brota cielo y los quehaceres el riego olivo la
uva el tomate la tortilla se hace humito en la sartén baila unos
huevos bizca la noche es otra casa sin luna dentro la cocina silen-
cio la galería a puertas cerradas lengüetea el toby las sobras un
churrasco asoma y no sale nadie aunque sea a preguntar qué pasó
con las estrellas.



Rosana Schoijett: *C #141* (*Konrad Witz 69, Codex, 1964 / Plantas y Flores, Sarpe, 1980*).
2024. Papel impreso, hilo. 31,5 x 29 cm

Textos de estudiantes (Maestría)

La ficción en escena

En esta sección de *Aquilea* reunimos algunos de los resultados de trabajo literario producidos en el marco de dos de los seminarios de la Maestría en Escritura Creativa. El primero de ellos es el dictado por Aníbal Jarowski y titulado “Teorías de la Ficción”; el segundo, titulado “Modalidades y técnicas de la poesía”, a cargo de Mercedes Roffé. En ambos casos, lo que se pone en juego es el procedimiento compositivo, sus alcances y su complejidad en tanto productor de sentido abierto a diferentes derivas.

La ficción como origen de la ficción

por Aníbal Jarkowski

Las emociones que la literatura suscita son quizá eternas, pero los medios deben constantemente variar, siquiera de un modo levísimo, para no perder su virtud.

J. L. BORGES

Borges admiraba el conjunto de libros conocidos como *Evangelios apócrifos*, al punto que reunió varios de ellos en dos volúmenes para que aquella colección difundida con el nombre de *Biblioteca Personal*.

Esa admiración seguramente nació de reconocer la encantadora extravagancia de esos libros que, sin contradecir de manera flagrante a los *Evangelios* admitidos como canónicos, narraban “con extrañas variaciones la misma biografía” y revelaban “milagros inesperados”; como también de advertir un procedimiento de composición, un verdadero dispositivo que, a partir de una operación de lectura aplicada a textos ajenos, permitía la escritura de los propios.

Relatos como “El fin”, que resultó del desarrollo de un episodio que se hallaba “implícito en un libro famoso”, y “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz 1829-1874”, que en palabras de Borges era sólo “una glosa del *Martín Fierro*”, son ejemplos admirables de la activación de aquel procedimiento.

Si bien de cualquier texto se puede y corresponde decir que proviene de otros que lo preceden a mayor o menor distancia en el tiempo, la relación que los *Evangelios apócrifos* establecieron

con los canónicos, o la de esos relatos de Borges con el poema de José Hernández, se funda en la particularidad de hacer ostensible el vínculo intertextual y radicar allí el mérito.

Considerar ese procedimiento de composición fue el origen de una de las consignas de escritura del seminario Teorías de la Ficción de la Maestría, con lo que se buscó que la puesta en práctica del mecanismo registrara el tipo de vínculo que los participantes establecieron con alguna de las ficciones leídas, comentadas y discutidas durante las reuniones.

Los textos que aparecen a continuación son, entonces, un ejercicio de escritura a la vez que el registro de la relación que cada uno de sus autores estableció, respectivamente, con los relatos “Los señores Burke y Hare. Asesinos” de Marcel Schwob, “Una rosa para Emily” de William Faulkner, “Clitemnestra o el crimen” de Marguerite Yourcenar, “Una historia” de J. M. Coetzee y “Marta Riquelme” de Ezequiel Martínez Estrada.

Teorías de la ficción

por Lucía Igol

I. Casandra o la resignación

Ya no convengo a nadie de nada¹
en lugar del altar de mis abuelos
veré el tajo del verdugo
me quedan
pocos días y sus noches
veré un instante de sangre y moriré con dolor

El dios me abandonó cuando lo rechacé
me condenó a anunciar el porvenir de los hombres
con palabras increíbles

Pero no puedo dejar de suplicarle
una última gota de piedad:
que no tiemble
la mano que sujete el filo de mi muerte
que aseste un preciso golpe y me despoje precisamente
de vida

Es apenas un bálsamo que pido
solo para mí

Para él no pido nada

¹ Para la escritura de los poemas se tomaron fragmentos de la obra *Agamenón* en Eurípides (2003) *Tragedias I*. Madrid: Editorial Gredos.

No pido para el que ha vuelto con la barba manchada
por la sangre de otros
no pido por este rey desplazado
porque conozco su demasiada impunidad
en el campo de batalla y en el lecho

Su alivio no es mi alivio

Acompañarlo en este humo de sangre
es la trampa final que me tendieron los dioses
voy a aceptarla en silencio, sin decir
que la carne de él va a teñir el agua pronto
en una habitación de este palacio fatal
un gorgoteo que parecerá un estertor

La leona de dos pies que se acuesta con el lobo
prepara el veneno en la vasija de su rencor
a ella tampoco voy a decirle mi oráculo:
que deberá pagar su crimen con más calamidad

Sé que es mujer y no ignora su destino
todas las mujeres lo conocen:
siempre esperan que todo acabe mal

II. Agamenón o el deterioro

Son una imagen de sombra
los que antes me parecían leales
camino sobre la púrpura

con la secreta certidumbre de que mi triunfo es amargo

Sé que reduje a polvo una ciudad
pero la ceniza me persigue
despide vapores de riqueza y de trampa
mis manos ya no sirven para sacudir la bruma
y mis oídos confunden elogio con rencor

Tal vez sean los años
los que me han asentado la torpeza en el cuerpo
el vaivén de los mares me imprimió
esta cadencia mental
voy
y vengo
y voy
entre la paranoia y el cansancio

Un hombre que abandona
una tierra, una descendencia, un corazón
se convierte en un relato o más bien
en un contorno

Por eso recibí la noticia sin pasión
no tengo restos de beligerancia en las venas
derroché mi falta de piedad
con otros hombres
y después con las mujeres de esos hombres

Conozco el espejismo
del trato falsamente amistoso

pero quiero que ella me vea como un mortal
no como un dios
ni siquiera como un toro

Admito que nuestro comienzo fue árido
también sé que en un tiempo
ella alimentó un amor
que estaba reservado tan solo para mí
después yo sacrifiqué un tesoro
que no era solamente mío
y fabriqué dolor imperdonable

Ahora me reciben con honores
traigo agotamiento y una carta en el bolsillo
es una confidencia o es una confesión
el adulterio es a menudo una forma desesperada
de la fidelidad

Me siento ahogado por el odio de esa mujer
como antes me ahogaba su cariño
una huella irritante
que reclama un lugar en mi pensamiento

Si avanzo
si subo los escalones que me separan
de la espuma
sé que acelero el camino hacia mi muerte
y no me importa
prefiero caer blando
aceptar que la ciudad ya no quiere un rey caduco

Pienso en la esclava que traje como premio
pienso en su maldición
esa esclava es todas las esclavas
en los instantes de tierra
cada vez que volví a desear el mar
ella me advirtió que el agua se llevaría mi sangre
que nunca acaba nada y que todo vuelve a empezar

III. Egisto o la cobardía

¡Oh luz gozosa del día de la venganza!
desearía que no me ciegue tu destello
es estrecha la valentía de mi corazón
y me reduzco

Llevo años de imaginación
el boceto de la gloria se disuelve
ahora frente a mí
antes creí que me volvería feroz
me vi plantando una bandera para nombrar la conquista
me vi triunfal ante el primo extraordinario
capaz de difamar su virtud

yo deseaba cobrarme en este rey
la atrocidad del anterior,
el que humilló a mi padre
obligándolo a comer a sus hijos

en un banquete atroz
Largas noches imaginé una violencia
brillante como el hielo, filosa
pero en este que es el instante del puñal
no encuentro tenacidad
solo temblor
Tendré que dejarle la tarea a la mujer
ser el otro
que sujeta las rodillas
del toro
para que caiga o para pedir perdón

Oigo latir un reloj inútil
marca la hora de mi cobardía y de mi alivio
el paréntesis atroz que dará fin al único hombre
porque no existe más que un hombre en el mundo
los demás no somos más que un error.

La segunda lectura

por Fernanda Nicolini

Al principio no me pareció importante llevar un registro de los días. Del tiempo, digamos. Me gustaba pensar que cuando sucedía, sucedía cada vez. Con un comienzo y un final en sí mismo. Como si la idea de continuidad no fuera parte del asunto, tan sólo un andamiaje externo, de esos que sostienen edificios que en algún momento serán demolidos para construir algo nuevo, más funcional. Me explico: yo lo intuía, mis amigas me lo habían dicho. Lo nuestro podía durar una semana, un mes, tres años. No importaba. Desde el momento en que me dijera, a mí misma, *tuve un affaire*, sería eso, y nada más. El sentido siempre es retrospectivo. ¿Sería el primero, el único, el mejor? Sería algo que existió cada vez que me sacaba la ropa y esperaba sentada en la cama, frente al espejo que cubría toda la pared, y me decía para adentro, con esa voz que sólo mi cabeza conoce, me decía, para mí, soy una mujer casada que en este instante dejará de serlo y todo esto, en algún momento, será solo una condensación de imágenes sueltas, desordenadas. Tal vez una descarga eléctrica inesperada, un escalofrío breve, un pellizco al estómago cuando en un futuro esas imágenes se me aparezcan porque sí —por un olor, un sonido, una palabra— y yo esté en el supermercado haciendo la compra de la semana y se me escape una sonrisa que no se va a parecer a las otras sonrisas. Y no mucho más. Aunque también podría hacer un esfuerzo y retener su modo de mirarme. El deseo que se adelanta en los ojos. Pardos, quizá verdes, centelleantes. Podría retenerlo todo para cuando este cuerpo, el mío, ya no sea el que fue.

Pero lo cierto es que en determinado momento fijé un comienzo. No la fecha real, pero sí la simbólica. Fue el día que me sugirió leer un cuento de Robert Musil. Estábamos desnudos, despeinados, con esa leve sal que deja la transpiración en la piel. Él se giró hacia el costado de la cama, estiró un brazo para alcanzar la mochila negra que estaba en el piso, la misma que se descolgaba antes de besarme cuando nos encontrábamos y se colgaba después de besarme al despedirnos, y sacó un libro ajado, de páginas amarilladas, como los que se compran en las librerías de usados o se roban de las bibliotecas públicas. Yo no me moví. ¿Lo miré? Ahora solo recuerdo cierta sensación de alarma. Antes de dármele, hizo una introducción, resumió la trama. Una mujer, Celeste o Clarice, le es infiel a su marido. Al rato insistió en la naturaleza perversa del personaje, pero no le presté mucha atención. ¿Qué tenía que ver conmigo, con nosotros? Seguí mirándome en el espejo.

Más tarde, mientras manejaba rumbo al colegio de mi hija, se me ocurrió que quizá el cuento de Musil no hablaba de mí sino de él. ¿Un modo enrevesado de incluirme en su mundo? Recordé su tema de estudio. Lo recordé a medias. Algo sobre la representación de las mujeres en la literatura de entreguerras. Un título larguísimo, imposible de retener. Él lo dejó caer, al pasar, el día que nos conocimos. Podría reproducir algunos detalles de la escena: el bar de la facultad bulle, nunca vengo, pero estoy acá por fuerza mayor, no llegué a corregir todos los parciales de Gramática, tengo unos pocos minutos antes de entrar a la clase, siempre corrigiendo lo mismo, la gramática es un sistema cerrado que no admite desvíos personales, no se puede romper la sintaxis así porque sí, hay que saber cómo hacerlo, él me pregunta si se puede sentar, no hay más lugar, dice, ¿puedo?, yo sólo levanto la vista y él se sienta, como si interpretara un gesto que no hice, ¿o lo hice?, yo vuelvo la vista en

los parciales, el café aguado se enfría, y entonces él dice algo de Molly Bloom. Se queja de que les da de leer el monólogo de Molly Bloom a pibes que no saben ni qué es el *Ulises*. Yo no leí el *Ulises*, pero sé lo que dice Molly Bloom, respondo, sin querer. No quiero hablar con un extraño pero respondo, y también me río, porque el extraño me retruca con un chiste sobre Joyce, y yo intento volver a los parciales. Bajo la cabeza pero la vuelvo a subir, porque sé que me mira. Me está mirando como si me hubiera estado mirando desde hace años y, también, como si me acabara de descubrir. Después él es quien baja la vista. Mira mis manos. No llevo alianza. Ni mi marido ni yo usamos.

Cuando llegué a casa aquel día de Musil, dejé el libro sobre la mesa del comedor, en esa esquina en la que se acumulan libros y libros que no le interesan a nadie más que a mí, libros que piensan la lengua como una formalidad, como un sistema solar de consensos. Me acordé, quién sabe por qué, de Diamela Eltit en un Congreso en Santiago de Chile, con sus consonantes patinadas y sus vocales cantadas: “Para que nuestro pueblo diga ‘haiga’ en lugar de ‘haya’, tiene que haber habido muchos ‘haigas’ durante mucho tiempo. Esa es la verdadera gramática del consenso popular”. Me encantaba esa frase, pero no me servía. Yo seguiría corrigiendo los haiga.

Subí temprano a acostarme. No terminaba de entender si estaba cansada o inquieta. No podía leer, no podía dormir, ¿era por vos, Musil? Después de girar varias veces en la cama, bajé al living. La casa se encontraba casi a oscuras. Un cono de luz caía sobre mi marido, que leía sentado en el sillón, como lo hacía siempre después de cenar. Sentí ganas de besarlo pero simplemente me recosté sobre su pecho. Lo olí. Después alcé la vista y reconocí el libro ajado, de páginas amarronadas que se iluminaban bajo la lámpara.

Había un párrafo subrayado. Mi marido empezó a leerlo en voz alta y mi corazón empezó a galopar. Esa noche hicimos el amor de un modo desesperado.

Por la mañana apunté el subrayado:

La persona amada no es el origen de los sentimientos aparentemente provocados por ella, sino que estos se colocan tras ella como una luz; pero mientras en los sueños existe aun una sutil hendidura por la que el amor se destaca de la amada, esa hendidura desaparece cuando estamos despiertos, como si solo fuéramos las víctimas de un juego con dobles y se nos obligara a tener por maravillosa a una persona que no lo es en absoluto.

La siguiente vez que él sacó un libro de la mochila después del sexo, ya habían pasado dos meses. Fue un jueves. La anotación mental, ahora inevitable, me llevó a darme cuenta de que habíamos establecido un sistema. Si nos veíamos más de una vez por semana, uno de esos días era jueves. Siempre a partir del mediodía, en ese departamento prestado con la heladera vacía, excepto por el sushi o la comida armenia que él se encargaba de comprar. Yo a veces comía, otras no. No me parecía importante. Él siempre quería conversar, ampliar el campo de batalla, saber de mí. Yo seguía fascinada con otras cosas. ¿Quién era esa mujer que en dos horas estaría en la puerta de un colegio, conversando con madres que disimulaban el tedio de sus días con abrazos exagerados a sus hijos? Lo puso sobre la cama y me preguntó si me gustaba Coetzee. Miré la tapa y leí en voz alta: “Elizabeth Costello”. No sé, no lo leí. Te va a gustar, dijo, y volvió a mencionar a Molly Bloom y su famoso monólogo, pero no llegué a escucharlo del todo. Me había levantado para retocarme el maquillaje antes de salir. Se me había hecho tarde.

Aquella noche mi marido lavó los platos, yo dormí a nuestra hija y cuando la casa quedó en completo silencio, me asomé al living. Ahí estaban el cono de luz, el sillón y mi marido. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y esperé que leyera. Que me arrullara con el vaivén de su voz áspera, que por momentos se me confundía con la de Elizabeth Costello, por momentos con la de Diamela Eltit, por momentos con la de Molly Bloom.

A la mañana siguiente, apunté el subrayado:

—Sí, es una persona atractiva, ¿no? Molly Bloom, quiero decir la Molly de Joyce. Deja su rastro por las páginas de Ulises igual que una perra en celo deja su olor. No se lo puede llamar seducción: es algo más burdo. Los hombres captan el olor, husmean, van en círculos y se gruñen entre ellos, incluso cuando Molly no está en escena.

El último jueves no tuve que ocuparme de mi hija y me quedé más de lo acostumbrado. Comimos galletitas con humus en la cama y nos peleamos. Era la primera vez, en un año, que nos peleábamos. Un año, dos meses, y nueve libros. Además del tiempo, había empezado a llevar la cuenta de los libros. Y ese fue el origen de la discusión. Él me reclamó, ya no en tono amoroso, casi distraído, como había hecho otras veces, que yo nunca le hacía comentarios de las lecturas que me sugería, y yo le respondí, como había hecho otras veces, que nuestros encuentros eran para otra cosa, que esa otra cosa a mí me alcanzaba, que me hacía sentir plena, casi feliz. Nos vestimos en silencio. Tomamos el ascensor en silencio. Salimos a la calle, cada uno en dirección contraria.

En el subte de regreso a casa me di cuenta de que, a pesar del reclamo, había un nuevo libro en mi bolso. A veces él hacía eso.

Lo deslizaba en secreto mientras yo estaba en el baño, o en la cocina tomando agua, y esperaba que volviera a la cama con una mirada ansiosa, casi infantil, que lo delataba. Saqué el libro del bolso y miré la tapa. Era la imagen de una típica pintura neoclásica en la que dos mujeres posaban como amantes al borde de una fuente. Miré el título: *Fuegos*, de Marguerite Yourcenar. Por un momento pensé en abrirlo, en leerlo. Pero si no lo había hecho nunca, ¿por qué ahora sí? ¿Y romper el ritual? ¿Qué pareja era capaz de inventar un nuevo gesto amoroso después de diez años de casados? ¿Valía la pena poner eso en riesgo? Volví a guardar el libro en el bolso.

Esa noche me quedé dormida sobre el pecho de mi marido bajo el cono de luz. Ni siquiera llegué a escuchar cuando él leyó el único subrayado que tenía el libro de Yourcenar.

Lo apunto ahora:

Señores jueces, no existe más que un hombre en el mundo: los demás no son más que un error o un triste consuelo, y el adulterio es a menudo una forma desesperada de la fidelidad.

Margarita Riquelme **(o la memoria de las bestias)**

por Benjamín Salas Sadler

¿Era Marta, mi hermana, una criatura voluntariamente malvada? Para el señor Martínez Estrada, no. Para mí, no lo sé. Sólo la luz que entraba en La Magnolia, nuestra casa, era capaz de mostrarnos a Marta apoyada por horas en el tronco del magnolio, mientras le contaba secretos a los pimpollos y reía, hasta que, de pronto y con la misma luz, su cara blanca color del sol se oscurecía, sus sombras se invertían, su voz se juntaba con la noche y el magnolio, entre la humedad y los dedos de Marta, se estremecía.

Nuestro padre sospechaba de su hija, de una pequeña criatura. Marta se paseaba, a penas caminado, y él se escondía, escapaba, tomaba su saco y salía campo traviesa hacia la noche. Mi padre tenía ojos de futuro, cada luz que tocaba sus pupilas era el contorno del presagio. Solía hablar solo y a veces nos observaba como si fuésemos una foto o un recuerdo ajeno, de alguien desconocido. Algunas noches, nuestro padre se hundía en su cama, sollozaba, nuestra madre nos decía que fuéramos a jugar afuera, al magnolio. Nuestro padre que tenía fiebre y delirios, hablaba cosas que no entendíamos. Con Marta nos quedábamos escuchando tras la puerta, decía lugares y nombres de árboles, nombraba a Tío Antonio y sobre todo a Marta. Pobrecito, decíamos, entre risas. Solíamos salir al patio, sentarnos bajo el magnolio, tomar hojas y ramas secas del piso y les asignábamos algo o alguien que papá había nombrado en sus delirios. A veces yo era una rama o una flor seca o un abejorro muerto, Marta podía ser

una piedra, un poco de tierra apelmazada o un pinpollo que ella misma había arrancado. No importaba quién era qué. Al terminar de juntar las partes del delirio, cambiábamos el orden o las pasábamos a otro delirio, si era Nacimiento-Marta-Dios, ahora era Dios-Tio Antonio-Muerte, si el delirio era Magnolio-Muerte-Marta, lo pasábamos a Margarita-Magnolio-Eternidad. Así pasamos mañanas y tardes jugando mientras nuestra madre cuidaba o buscaba desesperadamente a nuestro padre.

Marta no recuerda nuestro juego o, simplemente, nunca lo volvimos a jugar. Una noche, en que nos sentamos bajo el magnolio a resolver presagios, Marta se paró de golpe, pateó las flores que usábamos para representar el futuro y me gritó “Margarita, devolveme a mi novio”, Marta tenía 9 años. A la mañana siguiente, Marta no estaba en su lado de la cama. Con mi madre y María buscamos por todas las habitaciones de la casa, nuestro padre había escapado ante el delirio del presagio, sólo nosotras comenzamos la búsqueda. Entrábamos a las habitaciones y los parientes que estaban ahí hacían como que no nos entendían, incluso algunos decían no conocer a ninguna Marta. Mi madre lloraba, es culpa de tu padre, decía. Volvimos a nuestra parte de la casa, estábamos exhaustas, no porque fuese una gran proeza recorrer La Magnolia, sino por la falta de empatía de los parientes, inquilinos y algunos extraños.

Marta aún era una niña, no había incomodado con su presencia a nadie, no como en los años siguientes donde la mayoría evitaba mirarla a los ojos o siquiera cruzarla en un pasillo. No sabíamos cómo podría haber desaparecido. María, que para ese entonces era muy chiquita, dijo que se la habían comido los perros, lo dijo varias veces, que había visto un perro de mucho pelo, lo veía pasar por la puerta, siempre de noche. Mi madre no la escuchó,

hizo como si nada, apoyó su cabeza en su mano y soltó una lágrima. Yo sabía que no era cierto, María había escuchado como jugábamos a descifrar los delirios de nuestro padre, uno de ellos era Perro-Sueño-Noche.

Creí que nunca más veríamos a Marta, tampoco a mi padre, creí que el magnolio se secaría, los hongos se lo comerían por dentro, caerían sus hojas, sus flores desordenadas en el piso con el resto del árbol serían un largo delirio que mataría a mi padre, que expulsaría a nosotras y a los residentes de La Magnolia hacia el destierro.

Al caer la noche, se oyó un silbido y salimos a mirar por el pasillo hasta el mangolio. Era Tío Antonio quien traía a Marta, la tenía tomada de la mano, ella lloraba sin lágrimas, gritaba y se ahogaba pero su cara estaba seca. Tío Antonio nunca dijo dónde la encontró ni de dónde había sacado ese cuaderno en el cual Marta comenzó a escribir a diario. A los dos días nuestro padre apareció, llevaba la cara y las manos sucias, traía un olor que nunca volví a oler. Nos besó y abrazó, menos a Marta.

* * *

La Magnolia crecía. Cada día parecía haber más inquilinos, supuestos parientes nuestros o hijos de algún difunto de apellido Riquelme. Incluso, algunos de ellos llegaban contando que su padre o madre había hablado mucho de La Magnolia antes de morir, decían “somos parte de la Magnolia, también” y mi padre los dejaba entrar, les daba un espacio o incluso construían sus propias paredes y le agregaban un techo de chapa, luego tiraban unos sacos con un poco de paja en el suelo, prendían el bracero y comenzaban a charlar como si siempre hubiesen vivido ahí. Mi madre reprendía a mi padre, le decía que no podíamos ser tantos en la

casa, que por lo menos debíamos cobrar, pero mi padre se tomaba la cara y con voz suave decía “como crecen las flores, crece el magnolio”.

Yo nunca entendí a mi padre y sus presagios. Dejé de pensar en ellos, de jugar con Marta, y comencé a pasar el tiempo con los recién llegados. Me veían y me acercaban, me tomaban de la mano o la cintura, eran altos bajos varoniles afeminados felices y malnacidos hambrientos y pudientes cuerdos y melancólicos héroes y bestias, eran hombres.

Un día llegó Mario, traía su ropa limpia y las manos gastadas.

Lo encontré en medio del patio, me contó que su tío había vivido aquí, que incluso él había estado de pequeño en La Magnolia, al decirlo se acercó al magnolio y pareció emocionado. Decía ser estudiante, pero nunca lo vimos leer ni escribir nada. No tenía mucho de qué hablar, sus palabras estaban vacías, sólo traían unas intensas ganas de amar. Me amó muchas noches, días enteros. Sus manos fuertes no parecían de un estudiante, su espalda, su cuello, sus piernas, fueron el molde de la belleza.

Por las noches, cuando Marta se escondía a escribir en su cuaderno, yo me unía a Mario en su habitación. Lo quise mantener alejado de los delirios de mi padre, del sufrimiento de mi madre y de la luz que iluminaba a Marta. Una noche lo vi en su habitación, traía cigarros en el bolsillo de su camisa, le pedí uno y me dijo “no fumás”, le respondí que él tampoco. Mario intentaba ser como el resto de los hombres, por lo menos de los que deambulaban por La Magnolia, la mayoría fumaba, llevaba a una mujer a su lado y, del otro, una camada de niñas y niños, eran hombres que llevaban la mugre igual de pegada a la cara que la sonrisa, eran parte de algo, del magnolio, eran una rama o una hoja o el viento que lo inquieta. Mario aún no tenía hijos y sólo me veía a

mí por las noches, de día nadie sabía qué hacía pero no se lo veía por La Magnolia. Aunque Mario veía el magnolio como también veía a las familias florecer a su alrededor, no entendía que eran la misma cosa, que una era la representación de la otra, todos ahí en la casa lo sabíamos, por eso estábamos ahí y cuidábamos el árbol.

Era Mario el único errante de la casa hasta que, esa misma noche, Marta se cruzó en su mirada.

Luego de negarme el cigarro y aceptar su desarraigo, Mario salió al pasillo, en dirección al patio. Al cegarse con la llama del fósforo, vio a Marta sentada, apoyando su cabeza contra el tronco del magnolio. La vio envuelta en la turbulencia gris del cigarro, la vio hablarle en secreto al árbol. Marta ya me había quitado novios. Mario bajó las escaleras, iba casi desnudo, se le acercó a Marta y se sentó junto a ella, junto al tronco, se puso a escuchar las palabras que salían de la boca de Marta. Al ver cómo Mario, mi hombre, mi bestia y mi héroe, se iba con mi hermana, comencé a llorar y a gritar, tomé las sábanas de la cama de Mario y las amarré a la viga, hice un nudo y me lo até al cuello, maldije a mi hermana, a mi padre, a los presagios, al cuaderno que Marta llenaba de palabras y, sin despedirme, salté, la viga se quebró y caí al piso. Al levantarme, los vi enmarcados en el umbral, Mario atrás de ella, como si habitara el futuro, como si Marta fuese el presente y yo el pasado.

Ni mis padres supieron de mi intento de suicidio. Marta, al día siguiente, me dijo que no era mi momento, su voz había cambiado, como si alguien hablara por ella. Mario no volvió a hablarme. Sólo a veces, se acercaba para pedirme algo, parecía un extraño. El cuerpo de Mario seguía siendo como yo lo conocí. Ya no podía sentir sus brazos ni su cuello, pero sabía, por el olor de

su piel, de su ropa, que aún eran como en mis recuerdos, como yo lo sentí y lo imaginé. Ni Mario ni Marta lo sabían. Aunque Marta lo llevara de la mano hasta el escampado y se escondieran tras las máquinas, Mario seguía siendo mío porque ella quizás tenía el cuaderno del futuro, tenía las páginas en blanco donde podía escribir sin miedo, sin sombras, sin los temores que a mí me acechaban. En cambio, yo llevaba el tesoro del recuerdo, cualquier día que se pintara con el color de la primavera, del presente, la humedad se filtraba, lunares negros venían a recordarme que cualquiera sea su forma, la bestia que poseerá mi hermana, también la poseí yo.

* * *

Su cuaderno se quedó sin hojas prontamente. Sus tardes esperando a Mario, o a cualquiera que me haya dejado, las pasaba escribiendo. Su mano delicada viajaba de un extremo al otro, el sol le daba de lleno, su vestido blanco iluminaba. Nos preguntábamos qué era lo que escribía y Marta decía “un cuento, una historia que nunca será real, de personajes inmortales, donde la miseria es la misericordia, donde las mujeres manejan el destino de los hombres”. Otras veces decía que era una biografía del magnolio, todo lo que el árbol le contaba, ella lo escribía. Marta me hacía sentir observada, como la madera viva del árbol que veíamos a toda hora, ahí en medio de la casa, dándole nombre al lugar, al tiempo, a nuestras vidas.

Un verano de mucho calor mi padre volvió a enfermar, del calor y la fiebre comenzó a delirar, como hacía usualmente. Esta vez se marchó por varios días. Mientras mi madre se desesperaba, Marta mantenía su amor por Mario y por su escritura. Yo me la pasaba recordando cada beso de Mario mientras me enredaba con

bestias pasajeras de La Magnolia. A la mañana de uno de esos días, Marta despertó desesperada, lloraba a los pies de mi cama. “Papá se llevó mi cuaderno, debes hacer algo” me gritaba y hundía su cara contra las sábanas. Algo se alegraba dentro de mí, Marta siempre ganaba, parecía que todo lo que yo tuve, ahora era de ella y, finalmente, ahora era Marta quien perdía. Luego, la incertidumbre se coló en mi corazón. El magnolio estaba en peligro. Su voz, a través de las manos de mi hermana, se había perdido durante la noche. “Fue tu padre”, dijo Tío Antonio, “tu padre y sus delirios, cree que en ese cuaderno escribes el futuro”, Marta miró a Tío Antonio con ojos cómplices y a la vez incómodos, “el pasado, tío, escribo el pasado”. Me pareció tan débil, vulnerable a las bestias, que le tomé la mano. Tío Antonio quiso apartar a Marta, pero no pudo, ella se resistió, y él se marchó ante la mirada de mi madre que observaba desde la otra habitación. Marta me abrazó, secó sus lágrimas en mi ropa, acaricié su pelo.

—Ten cuidado del tío, que no se te acerque, dile a Mario que te cuide. — Le dije con delicada voz.

—Tío Antonio no hará lo que hizo porque no hizo nada, nunca.

—Marta, cuando hablan de esa pobre criatura, víctima de tío Antonio, hablan de mí.

Sus ojos se agrandaron, negros, llenos de lágrimas. Me empujó contra la pared y tomó mi pelo, tiró todo su cuerpo contra el mío.

—¿Ahora me vas a robar a Tío Antonio también?

No entendí lo que decía. Era ella quien hipnotizaba a las bestias que amé, aquellas que me mostraban su parte de hombre y se encadenaban a mí en el acto, y así, en el recuerdo. ¿Era La Magnolia un espejo y Marta la encargada del reflejo? ¿Estaba yo, Margarita, esculpida en las palabras de mi hermana? ¿Era la pérdida de su cuaderno la libertad de mis recuerdos? Quizás Marta sabía que ahora, desposeída, yo podía viajar a mis memorias y quizás tomar a Tío Antonio, sin el miedo de una niña, y tenerlo como tuve a Mario, podría retener a nuestro padre de salir entre la noche y los delirios, hasta podría ser yo la que se pierde y toma el cuaderno, la que se une al futuro y deja a su hermana desahuciada de deseos, encadenada al recuerdo.

Su cuerpo hería al mío, la sangre manaba desde dentro, en ambas.

—Soltame, Marta, me duele.

Nuestra madre irrumpió en la habitación. Tomó a Marta del pelo, la puso en el piso y con una mano en la espalda le dijo “Te calmás y te lo doy”. Marta dejó de hacer fuerza. Nuestra madre sacó de su vestido un cuaderno, igual al anterior, con las hojas vacías. Marta soltó un suspiro y su cara se secó.

Marta continuó escribiendo. Me observaba y escribía, hablaba con el magnolio mientras me miraba, luego reía y volvía a escribir. Al poco tiempo dejó de importarme. Todo recuerdo quedaba de mi lado, en mi dominio, y ver a Marta dichosa era mi mayor tesoro. Ella vivía estancada en el futuro, gracias a su escritura, mientras yo me hundía en el pasado y el magnolio que, sudoroso por el calor y las guirnaldas que le colgaban, se ocupaba de mantener el presente.

* * *

El señor Martínez Estrada se creyó muchas cosas del supuesto diario de Marta. Pasábamos muchas horas en La Magnolia, es cierto, pero sólo Marta solía decir que éramos presos del lugar. Cuando el calor entraba en La Magnolia, muchos salíamos a buscar refugio en el río. Incluso Marta salía, siempre de noche y sin avisar. Para la mañana ya estaba acá, desayunando junto a Mario o regando el magnolio.

El pueblo se hacía más pequeño con los años y La Magnolia crecía. Los hombres se iban primero, tomaban el micro a Pehuajó, Trenque Lauquen, Pellegrini. A los meses volvían pobres y enfermos, sus mujeres se negaban a recibirlos. “Traen la peste”, “no los dejen entrar”. Esos hombres no eran más que borrachos atacados por piojos y garrapatas, por el hambre y la falta sueño. Otros nunca regresaban, ni una carta mandaban. Algunas mujeres tomaban rumbo hacia cualquiera de estos pueblos en busca de sus maridos. Solían desaparecer, dejaban a sus hijos al cuidado de La Magnolia.

Disfrutábamos de las criaturas. Mario les traía comida y ropa nueva, los cuidaba como si fuesen de Marta. A veces lo veía mimar a alguno de estos niños y recordaba esa bestia que fue Mario, ese animal desterrado que caminó sin rumbo hasta que se cruzó conmigo y luego con Marta. Ahora, de bestia no tenía nada. Su imagen traicionaba a la de mis recuerdos, cada uno de sus movimientos, de sus olores y palabras ahora eran otra cosa. Por eso Marta se quedó con el futuro, en él somos los mismos por siempre, no hay pasado, no hay referencia a quienes fuimos. En cambio, en el recuerdo está la pérdida, el vacío, lo que falta y lo que ya sucedió, no volverá a suceder.

Algunos huérfanos eran adoptados por otras familias. Los veíamos crecer y perderse otra vez. A veces adoptaban tantos niños que no podían con los suyos, entonces los hombres se iban hasta Pehuajó, Trenque Lauquen, Pellegrini y sus mujeres los iban a buscar. Se armaban manadas de niños que se cuidaban entre ellos. Deambulaban por La Magnolia en busca de comida o diversión, algunas familias les tiraban sobras de comida y otras los evitaban. Una noche se oyó como salían de La Magnolia, no sabemos quién se los llevó. Nuestra madre decía que fue la iglesia, otros decían que se los llevaron al ejército. La mañana en que habían desaparecido, Marta me despertó, me pidió que la ayudara a limpiar las hojas secas el magnolio.

Ahora La Magnolia estaba limpia y tranquila. Las familias adornaban el magnolio con guirnaldas y cajas vacías envueltas en papel de regalo. Hacía calor pero un aire frío cruzaba la casa. Los niños que quedaban se perseguían por los pasillos. Las mujeres que aún tenían a sus maridos, se lanzaban sobre ellos, y las que no, aprovechaban de dormir siesta. Las hojas del magnolio volvían a ser verdes, conservaban las flores de su primavera. Y aún así, algo parecía faltar.

Esa misma tarde, entré sonriendo a nuestra habitación. Algo me conmovía, unas cosquillas en el corazón, algo nuevo que no traía sorpresa, ni miedo, como si el presente fuera inmenso y el pasado y el futuro fueran postergables, nimios, cercanos al absurdo.

Mi felicidad no duró lo suficiente. Sobre mi cama yacía Tío Antonio abrazado a Marta, hundidos en hojas rasgadas del cuaderno de Marta, se veían las palabras rotas, separadas, imposibles de leer. Maldije tan fuerte como pude. Maldije a cada uno de los

engendros que pudieran salir del vientre de mi hermana, al tiempo, a sus supuestas intersecciones. Marta se levantó y dijo:

—¡No insultes a mis hijos!

—¡Bastardos, parásitos, bestias! Te comerán por dentro, carne por carne, vida por vida, hasta tu muerte.

Tío Antonio se levantó de la cama.

—¿Padre? ¿Qué haces acá? — Le pregunté.

La cólera me tomaba, se desvanecían mis recuerdos. Marta se entregaba a la primera y última de nuestras bestias. Ese hombre era el reflejo de mi tío y de mi padre, del pasado y del futuro, era mi dolor.

Marta se echó a llorar, se ahogaba en la orilla de la cama, como cuando me suplicó encontrar su cuaderno. No había espacio para el tiempo conmigo en esa habitación, por eso tomé la cuerda y arrastré las ropas por el suelo de la casa hasta el magnolio. Me subí, anudé mi cuello y pateé la silla. Para que Marta se agolpara a los labios de ese hombre y yo, Margarita Riquelme, descansara en la memoria de las bestias.

decadencia

qué saben, qué pueden saber

“obligación hereditaria”

me han nombrado
como si trepar por mi jardín

e instalarse
en la raíz profunda de mis cosas fuera

un deber,
como si yo hubiera
pedido a este pueblo

sus ojos,
como si fuera, acaso,

mi deseo
estar desnuda cada noche
en el corazón frío de sus mesas

nada, nada pueden entender

de la arteria del dolor,

brutos

ladrones que corrompen
la casa de mi padre

y secan
con odio

los granos de su tierra

—quisieron hacer lo que no pudo
la muerte con él, nada
saben de los carbones ardidos

de sus pupilas que hablan—

lo que yo pido es
que se detengan

que le pregunten
a mi padre, le pregunten
a Sartoris, pregúntele
a Barron, destapen
de una vez la sordera

y sepan: hay hombres
que no mueren

una cosa es alejarse, otra
será irse: no hay caminos
infinitos,
no hay aliento
en los caballos,
un descanso

lo que quiero es un descanso

de las mujeres: la locura
la soledad y la pobreza
¿de quién
entonces, la determinación?
hubieran preferido, sí
una víctima,
una mártir,

una santa
—que aceptara, con un gesto
lo que le habían reservado—
¡pobre Emily!
clamaban a coro la piedad
y la conducta,
¡pobrecita!
decían todos y al girar la esquina
sonreían, el deleite
entre los dientes,
¡pobrecita!
y esperaban, como moscas
que cayera

las herencias les inquietan

se preguntan
para quién
el juego de iniciales plateadas,
a qué
responderá mi Tobe cuando nadie
quede en casa,
cuándo
vendrán las primas en rapiña,
cuánto
habrá imposible de salvar

creen ustedes que no supe
la pasión

que fue áspera mi piel
y que nadie
suspiró en mi pelo, que no entendí
el lenguaje del deseo, los matices
del amor
—creen ustedes que demasiado
padre—
¿qué es lo que miraban
en mí cuando miraba
a mi Homero: sus dedos
de árbol, el pecho
resuelto, su fe
al mandar?

pueblo ingrato: te enseñé

a pintar la porcelana como quien
pule con paciencia una idea,
demostré
que también saben mis manos
conspirar
en favor de la belleza, que es
otra cara del bien

¡yo no tengo que pagar impuestos!

que le pregunten
a mi padre, le pregunten
al coronel, ¡pregúntenle
a mi amante!

y ya no asistan con desdén

a la luz opaca de lo íntimo,

no insistan

con el polvo, el moho

y el encierro,

con la palabra

obstinada y el sustantivo

decadencia

lo que yo exijo es que se vayan

que se lleven

sus ramos descontentos, que levanten
las cabezas, como quien no espera
nada,

y que oigan lo que brama
en el silencio
de los viejos

soldados de Jefferson

no confíen, ciegos

en la tierra: hay también

mujeres

que no mueren,

pregúntenle si no

a mi amante,

pregúntenle

al coronel,
 ¡pregúntenle
a mi padre y a los bravos
caídos de la Confederación!

o mejor
fíjense ustedes

si quien duerme
 —noche
a noche
 y amanece día
 a día—

en la efímera
tibieza de sus camas
 no es,
 acaso,
 un muerto.

¿Para qué sirve un cuerpo?

por Paulina Bonino

El hombre, llamado Joseph, está recostado en una cama de una plaza. No puede moverse: tiene encima el cuerpo de Burke. Por detrás de Joseph, del lado de su cabeza, se encuentra Hare. Moldea sus facciones, acaricia el rostro de la víctima. El hombre recostado, llora. Como puede, y como le permite hacerlo el peso de otro hombre encima de sí. Aún no sabe que se ha ganado su libertad.

Al comenzar la noche, cuando la víctima no sabía su destino y, a decir verdad, ninguno de los presentes lo sabía, Hare percibió en su acento algo familiar. Luego supo que el hombre se había criado muy cerca de donde él había nacido. Supo que compartía algo que la distancia grandifica: el origen. Supo que no lo iba a poder matar.

El hombre tenía alrededor de quince años menos que Hare. Tal vez la piedad repentina que sentía no fuera hacia la víctima exactamente, sino hacia su propio pasado. O tal vez un hecho, una situación inesperada, alcance para sentir que ya no se puede hacer algo que se hizo tantas veces.

Burke hace un gesto a Hare para que le impida respirar a la víctima, como diciendo “es ahora”. Pero Hare duda, como jamás lo ha hecho. Burke hace más presión sobre el pecho del hombre, pero sabe que matar es un trabajo de dos. Hare mira desde arriba a su víctima, con su ángulo deformado: jamás Burke va a ver lo que él ve. Y dice lo que ya sabía desde antes: no puedo. Da un paso hacia atrás y se separa unos centímetros. Burke continúa

sentado encima del hombre e intenta con sus propias manos hacer el trabajo de Hare. La víctima, como puede, se lo saca de encima. Queda enfrentado a él: cambia su condición.

Todos los asesinatos de Burke y Hare fueron hechos sin dudas y sin rastros de sangre. Un mes atrás había sido el turno de una mujer que vivía en la calle. Nadie preguntó luego por ella, nadie supo que hacía falta en el mundo. Tal vez Burke y Hare llegaron a pensar que a más de una persona le estaban haciendo un favor.

La mujer, antes de morir contó su historia: había sido la reina de Inglaterra, en el año 1750, y toda su fortuna estaba enterrada. También había sido bailarina, prostituta y tenía una familia numerosa. Había sido todo lo que se pueda imaginar. Cuando Burke y Hare decidieron callarla, contaron para sí mismos qué sucedería con ella. Al día siguiente, habría un funeral multitudinario y ellos asistirían. Millones de personas vestidas de negro acompañarían un féretro que avanzaría a paso de hombre, pero de hombre cansado, y todo ocurriría en la ciudad de Londres. Llovería, como es habitual, pero esta lluvia tendría la tristeza de la soledad, de un pueblo que se ha quedado sin su líder. La transformarían en Santa, y honrarían la humildad con la que acabó sus días, a pesar de tener toda la fortuna del mundo; sabiendo que toda la fortuna del mundo no es nada.

La señora yace muerta en la cama, y Burke y Hare por un momento parecen olvidarlo. Luego es llevada donde espera el doctor y profesor Know. Un cuerpo como alimento. Cada cuerpo es la posibilidad de descubrir algo nuevo, de estudiar el engranaje que lo hace funcionar. Know no va más allá de eso: solo le interesa el mecanismo natural, lo que puede observar y

tocar. Su composición, sus órganos, sus fallas. No va a reparar en por qué un hombre, o varios, son capaces de acabar con esa máquina casi perfecta.

Burke y Hare entran por una puerta lateral de la Facultad de Ciencias Médicas. Al llegar, Burke dice para ambos: ¿Pueden creer? ni un gracias de parte de la mujer. Llega a la universidad gracias a nosotros y ni un gracias. El doctor ríe. Entrega el dinero acordado y los despide.

Burke y Joseph están enfrentados. Hare mira la escena, pero no se mete. Confía en Joseph, como si realmente lo conociera. Cuando Burke se abalanza sobre Joseph, Hare lo detiene. Se queda inmóvil, ellos son dos. Hare propone darle trabajo a Joseph en su pensión. Considera que necesitan a alguien que pueda vigilar los movimientos. Burke duda, no hay nada que indique que no los vaya a delatar. Acusa a Hare de haberse vuelto loco; de haberlo arruinado todo. Pero Joseph acepta: da su palabra. Hare sonríe y le asegura que de no cumplir su promesa podría ser muy fácil volver el tiempo atrás. Ante la mínima sospecha. Quien mata, dice, puede todo; si quiere puede cambiar el pasado. Burke, sintiéndose en inferioridad, acepta también. A la semana siguiente, Joseph comienza a trabajar. Se instala en una habitación sin uso y se encarga, a los ojos de los demás, de las tareas de limpieza.

Joseph ve entrar a Burke y a Hare con una nueva víctima y sabe, como si se tratara de una premonición, todo lo que le depara. Y también sabe cómo se siente el peso de Burke sobre el pecho de uno mismo. Traga saliva. No hay nadie en la pensión. A

los dos días, va a la sala del laboratorio de la Facultad donde yace el cuerpo. Joseph podría ser un estudiante más, como los cientos que observan sentados. El profesor maniobra con un cuerpo dócil, incapaz de poner resistencia.

Una noche de abril Burke y Hare llevan a su habitación a quien va a ser su última víctima. Joseph les informa que los vecinos están rondando, que no es conveniente hacer ruidos. Y ellos aceptan. Escuchan a su víctima que habla como si supiera que no lo va a poder hacer nunca más. Ella cuenta que su marido la ha dejado, que tiene dos hijos y que los cría sola. En cada historia hay partes de otras historias que ya les han contado. Una y otra vez. Si quisieran, ellos mismos podrían contarle a la víctima su propia vida. No se equivocarían en las generalidades, tal vez sí en los detalles, pero es probable que la persona también los confunda, los olvide. ¿Qué importancia tienen?

A ella la asesinan por la tarde. Una vecina quiere entrar en la habitación de Burke. Joseph pasa por detrás, y hay una mirada entre ella y él. Puede ser complicidad, o puede ser temor. Burke no le permite la entrada. Pero cuando la habitación queda libre, ella entra. Y Joseph no está. La vecina ve el cuerpo y huye. La policía luego llega a la habitación, ya no hay rastros de la víctima, pero entre Burke y Hare se contradicen en sus testimonios. Como si, por separado, no pudieran funcionar. Matar es un trabajo de dos.

Un mensaje conduce a los investigadores a la oficina del doctor Knox. Allí reposa el cuerpo de la última víctima. Ese mensaje, con letra de Joseph, escribe el destino de Burke. Hare en su testimonio no mencionará a Joseph. No lo interrogan tampoco en carácter de trabajador de la pensión porque Hare les dirá todo lo

que necesitan escuchar: la cantidad de víctimas, anotada en una libreta sus nombres, la forma en que hacían lo que hacían, cuándo empezó y por qué.

Hay una multitud de personas en la plaza principal. Se estima que alrededor de 25 mil espectadores. El cuerpo de Burke servirá como material de estudio. Va a ser otro el profesor que pueda ver qué hay dentro de un hombre que ha matado más de 23 personas. Va a comprobar, con cierto temor, que hay lo mismo que en todos los demás.

La función está por empezar. A Burke le dan permiso para decir sus últimas palabras. Se excede: cuenta su vida. Excepto por algunos detalles podría ser también como cualquier otra vida. En este caso, los detalles importan. Son lo bastante significativos para que él esté ahí.

Él cuenta su historia. La Historia la completa después.

El arte como artificio

por Mercedes Roffé

Si hubiésemos querido darle un título a nuestro seminario, probablemente habría sido “El arte como artificio”. No sólo por haber sido ese texto fundante de Shklovski el primero que compartimos en clase, sino por la relevancia de ese concepto como punto de partida de toda tarea que se pretenda estética. Artificio —se sabe—, no como argucia ni como simulación, sino como construcción, como forma, como estructura sin la cual toda experiencia, toda filosofía, toda denuncia y toda pasión —en el papel, en el lienzo o en la piedra—, se marchita y se cae.

Por eso en nuestros encuentros hicimos hincapié tanto en la libertad creadora como en algunos apoyos insoslayables en la construcción del poema: el cuidado del ritmo y el recurso a ciertas figuras retóricas, el poder organizador de algunas de ellas, o el efecto hipnótico de la repetición, alternaron así con propuestas altamente humorísticas y experimentales.

La selección que sigue es apenas una muestra, mínima y arbitraria, de un trabajo que fue plural y diverso, y que seguramente seguirá creciendo en cada autor/a y en cada poema, según su propia dinámica, y su propio ADN.

Hacer un chiste en un velorio

por Eduardo Savino

soñé un límite impreciso
soñé con las moscas de mi primer departamento, cómo se junta-
ban en verano y
hacían círculos y cruces sobre la cocina, la sensación de pesadez
que
transmitían, las trampas que inventé para matarlas
soñé que repetía; todo; muchas veces
soñé que tu hermano lloraba —era mi culpa—, que las plantas se
morían
—era mi culpa—, que el queso se pudría sobre la mesada
—era mi grandísima culpa—
soñé un límite más concreto: el auto no arrancaba
soñé el número de veces que nos quedan para hacer el amor hasta
que yo muera
soñé, antes, que yo moría primero
soñé que no morías y salté de la cama, salí corriendo a la calle, no
frené ni por
los autos ni las motos ni los árboles ni los perros ni los fascistas
soñé varias veces que los dientes se me caían, que mi cara en el
espejo se
desfiguraba, que manejaba un auto descontrolado, que de pronto
en el
auto yo estaba de acompañante y quién manejaba y cómo puede
ser que
no frene y qué hago, que me apuñalaban, que me pegaban un tiro,
que

me drogaban para secuestrarme
soñé con maradona dos veces en las últimas semanas y tal vez no
sea él
viniendo a visitarme, tal vez sean la adicción y la violencia y la
locura
de mi padre, y la imposibilidad de separar una cosa de otra,
y la obligación metafísica de tener *una mirada global del asunto*
soñé límites propios porque no hubo otros
soñé bocas muertas sin nada para decirme; sin dientes; empe-
zando a derretirse
soñé hacer un chiste en un velorio; una carcajada general cre-
ciente multiplicada
por el eco el eco el eco y de golpe silencio
soñé un mundo sin hombres y fue como salir a respirar después
de estar un minuto abajo del agua

Poema

por Gabriel Quiña

Si tuviera de los hechos la memoria
como gustan de narrarla en historiales
vería traicionada la verdad
eterna
esquiva
de la piedra.
Nadie puede decir
dónde exactamente termina
y dónde mi ser
empieza.

Sé
de hazañas solitarias
de gestas
de talas rumorosas
de galerías ultrajantes
mi secreto pese a todo crece
en la hondura, en la entraña,
en el magma.
Y sólo podrá velarme de este aquí
el último rayo del último sol
que simplemente me lleve
a otra parte.

Disientan con la disección, la ciencia,
un soplido en la superficie del mar.

Por dentro todo es noche
el descubrimiento es ilusión.
Un día soñé un analema
que bajaba del cielo a coronarme.
Un bosque entero crece
de la semilla a la muerte
en el mismo tiempo
que toma a una hoja caer en otoño.

Sin embargo
si algo me espeja
fugazmente
es ese darse y enajenarse
la fiesta breve, el estallido
la amalgama íntima y atávica
que en su sentido ritual, espiritual,
sea acaso lo más cerca que puedan
ustedes estar
de la entera verdad
de una montaña.

Fujisan, undécima estación

Entomología

por Karina Echevarría

Hay algo de orfebrería
en cada insecto.
Algo sutil y delicado,
algo de miniatura
preciosa y única.
El grabado regular de las texturas
de una langosta,
el fino alambre de sus patas
y la gema de cada ojo.
Una creación de artista,
la maleabilidad de los metales
y el brillo de piedra preciosa.
El minucioso y frágil mecanismo
de los relojes analógicos
frente al torpe alfiler que lo atraviesa
en la bandeja del entomólogo.

Licaón

por María Gabriela Ayala

Escúchenme
eso que vino

vino con la noche

Eso que temían los corderos cuando la leche besaba tibia entraña
por entraña

escúchenme

eso vino a llevarse algo

Eso que temían los corderos cuando la carne era novia de los ni-
dos

y las uvas prodigaban el azúcar

escúchenme

eso que vino

vino con la noche

Eso que temían los corderos cuando llovizna y pan eran lecho de
mimbre

y por encima de los párpados cantaban las estrellas

escúchenme

eso vino a llevarse algo

Eso que temían los corderos cuando la voz que seguían era soplo
de nube

y era dulce y sonreía de flores y de pájaros

escúchenme

eso que vino

vino con la noche

Eso que temían los corderos cuando de la tierra nacían hongos
o bajaban de los brazos de algún relámpago
y su pulpa era buena y su sabor infinito

escúchenme

eso vino a llevarse algo

Eso que temían los corderos cuando el día era largo
y traía consigo el dorado aéreo de las mariposas
y todo sabía a duraznos y a menta

escúchenme

eso que vino

vino con la noche

escúchenme

eso vino a llevarse algo

Eso que temían los corderos cuando el crepúsculo ardía de luciér-
nagas y frutos
y el calor hablaba en amores de grillos

escúchenme

eso que vino

vino con la noche

Escúchenme porque quiere acribillar al colibrí

Escúchenme porque quiere despedazar al roble y beber su corazón
como si no fuera el corazón del roble el más her-
moso corazón

como si no fuera el colibrí el más inmortal de los pájaros

Escúchenme

eso vino a llevarse algo

Escúchenme porque vino a envilecer la semilla y vender su tesoro
Escúchenme porque vino a sojuzgar el barro y pisotear su vientre
como si no fuera la semilla el más noble tesoro
como si no fuera el barro el más sagrado vientre

Escúchenme
eso que vino

vino con la noche

Escúchenme

eso que temen los corderos trajo guerreros de espinas a mutilar el
tallo

a deshacer con pericia pétalo y perfume

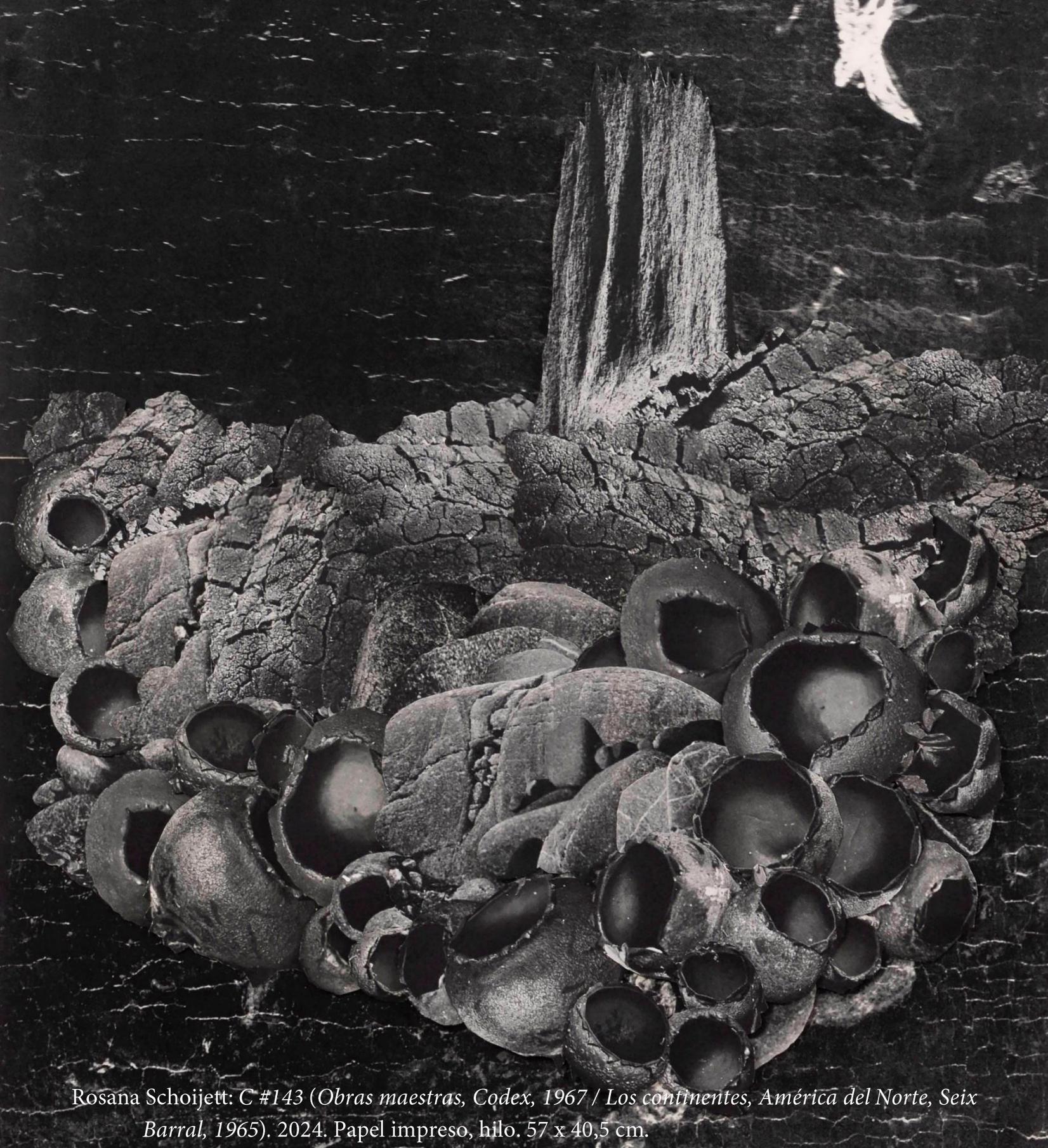
Escúchenme

Eso

vino a llevarse algo

Escúchenme

a *eso*
que vino con la noche
le gustan
(mucho)
los corderos.



Rosana Schoijett: C #143 (*Obras maestras, Codex, 1967 / Los continentes, América del Norte, Seix Barral, 1965*). 2024. Papel impreso, hilo. 57 x 40,5 cm.

Textos de estudiantes (Diplomatura)

Presencias reales

Leer y escribir son prácticas sostenidas sobre el pretexto de una formación ética y poética. Siguiendo al genial Ítalo Calvino, el profesor Iosi Havelio guía su enseñanza en la Diplomatura en Escritura Creativa bajo la convicción de que la lectura abre a cada paso novedosas dimensiones de sentido. Los trabajos de María de Ángeles Boniardi y Francisco Rapalo confirman poéticamente.

El infinito deshojar

por Iosi Havelio

Escribe Ítalo Calvino: “La realidad del mundo se presenta a nuestros ojos múltiple, espinosa, en estratos intensamente superpuestos. Como un alcaucil. Lo que cuenta para nosotros en la obra literaria es la posibilidad de seguir deshojándolo como un alcaucil infinito, descubriendo dimensiones de lectura siempre nuevas”.

Estos textos paridos en el espacio de taller son muestras de esas hojas conectadas necesariamente, naturalmente, por los cuerpos, entre atracciones y afinidades, en la lengua, en el tiempo, en las obsesiones, en la disparidad; que así como se desprenden del tallo azarosas y arbitrarias en busca de sus propios aires, cierres y expansiones, siguen prendidas al tallo, unidas en el pistilo, vibrando en el corazón de un alcaucil que despliega tantas hojas como universos y tantos universos como nombres habidos y por descubrir. Creando, recreando y cocreando. Llámense Cecilia, Leonor, Juan, Luciano, Francisco, Verónica, Isabel, Oscar, María de los Ángeles, Pablo, Jimena, Nicolina, Victoria, Clara o Isondú.

Némesis

por María de los Ángeles Boniardi

Cuando la ira es intensa, produce asco. Esa cara con la mueca estúpida, la nariz angulosa brillándole. Somos dos tipos de mediana edad, que empezamos juntos. Yo podría ser un Salieri, salvando la genialidad y un par de cuestiones. ¿¡Pero él ser un Mozart!?! No existe en el multiverso. En este punto no hay comparación, porque a mí lo que me enoja le enojaría a cualquier humilde mortal. Ni crítico, ni vanguardista. Hoy fuimos a la presentación de la obra. Eran ciento veintidós hojas. Una a una fue pasando y yo quise reírme en tantas ocasiones que me atraganté y tuve que levantarme para ir al baño del bar. La mayoría estaba tomando café o cerveza. Era el punto de la tarde-noche en que cualquiera de esas opciones es muy buena, no así un café con leche. “Déjate de joderrr” lo dije en voz alta mirándome al espejo salpicado. Las microgotas que dejé al levantar la cabeza eran el marco justo para esas palabras. Alguna cosa nos está enfermando. Me vi como en una película donde el artista prueba tanto, que se va desdibujando en excesos. Qué delirio. Así llegamos a admirar, en su momento, a Marcio Carabetti. Uno de los tantos que aprovechó de haber salido del barro. Hizo de su martirio e infancia una venta despiadada. Ya ahora no era el pobre Marcio, tenía contactos. Su versión querible había quedado para mí en esa gala pseudo intelectual en el que participamos los dos, a beneficio del hospital infantil. Tuvimos una charla mientras tomábamos un vino malbec traído de La Rioja, lo mejor de esa noche. La charla fue subiendo de tono. Marcio fue a fumar al balcón y yo lo seguí con la copa en la mano. Ya no quería hacer negocios conmigo, así nomás, ni se

tomó el tiempo de explicarme, de buscar alguna excusa, nada. Pensar que fui yo, en realidad Mabel mi mujer, quien le presentó a su actual pareja. Tanto sacrifiqué por él y ahora, me sentía la ofrenda para dioses insaciables. Esta tarde no pude decirle que no a ella. Marcio ya me había escrito un mail, de esos enviados a varios contactos, también mensaje de WhatsApp, tipo cadena. No hubiese ido sin los ruegos de Mabel.

Salí, llovía fuerte, el olor al piso mojado, a tierra me reconfortó un poco. Pensé que debían ser demasiadas las bacterias en el suelo para que oliera tan fresco. Mientras respiraba a conciencia y la cara se me iba volviendo roja del frío, leí la cartelera. Con letras tipo máquina, describía la obra de Carabetti como genialidad, que dejaba atónita a la crítica con su valentía. Y bueno, al principio no lo creí, pero después lo vi en las redes explicando cada detalle. Tenía entrevistas tan seguido que contrató una secretaria.

Volví a mi silla, me pedí otro café y le dije a Mabel con un movimiento de cabeza que todo estaba bien. Ella me miró y después siguió con la imagen de Marcio, sentado en el centro de la plataforma. Tenía un micrófono de pie que solo dejaba escuchar el correr de las páginas en blanco, su tanpreciado libro de ciento veintidós hojas, su exhibición obscena de la nada.

[Sin título]

por Francisco Rapalo

Él descrea de mis teorías. Yo insisto: en la cirugía, algo salió mal. Siento los implantes adentro de la cabeza, no es imaginación. En la última consulta era un frío penetrante de hielo, un mordisqueo congelado. Antes me había parecido electricidad: cada vez que me bañaba podía sentir un dolor que no llegaba a ser dolor, estática en el cerebro, cosquillas sordas.

Se ríe en mi cara con esos dientes carísimos, y no quiero pero me aprieto como un puño. Cuando se prende la pantallita del reloj pulsera —mi cerebro está por ser regulado—, la tapo con la mano. Por suerte, puse en silencio la aplicación y desactivé las notificaciones por zumbido.

El doctor Wuang es una sonrisa consistente. Empieza con sus sermones y no hay quien lo pare. Repite que no es otra cosa que una sugestión inocua; en cada consulta, lo mismo. El cerebro no se siente. Los nanochips son incapaces de producir sensaciones más que por el efecto de su función adecuada. Los míos son de la más alta calidad, importados desde Canadá.

La semana pasada se rio así, igual, con la misma expresión de niño milenarío.

Es budista, me dijo una vez. Pero no muy estricto. Entrena la paciencia de las rocas y en uno de los estantes tiene un gong pequeño con el que da inicio a sus sesiones de meditación mineral. Me aconseja una hora diaria de respiraciones pausadas. En la última consulta sacó su celular, buscó una canción que sonaba a viento y hornos de barro y me hizo cerrar los ojos y tomar aire hasta el vértigo.

Ahora me pregunta si tengo una bañera y me habla de la inmersión en sales para regular electrolitos. Me explica que lo mío es un resabio de ansiedad en los nervios.

—Tu cabeza se olvida de que todo está bien —dice, con impecable acento argentino.

Titila la pantallita de mi reloj, señal de que los implantes entran en acción. Empiezo a sentir el efecto en las extremidades, me voy ablandando. Las palabras del doctor Wuang se ensanchan y afinan, son notas musicales exactas, palabras con cadencia justa, reconfortan. Dejo de resistirme y me transformo en ese confort. Lo que estaba sintiendo —la inquietud, la ira, el desasosiego, todo eso o nada de eso, ya no sé— se aleja, pierde espesura. Aguar es la palabra. Mi interior de medusa, desmembrado. Consistencia de pulpa. Soy una ameba en la silla.

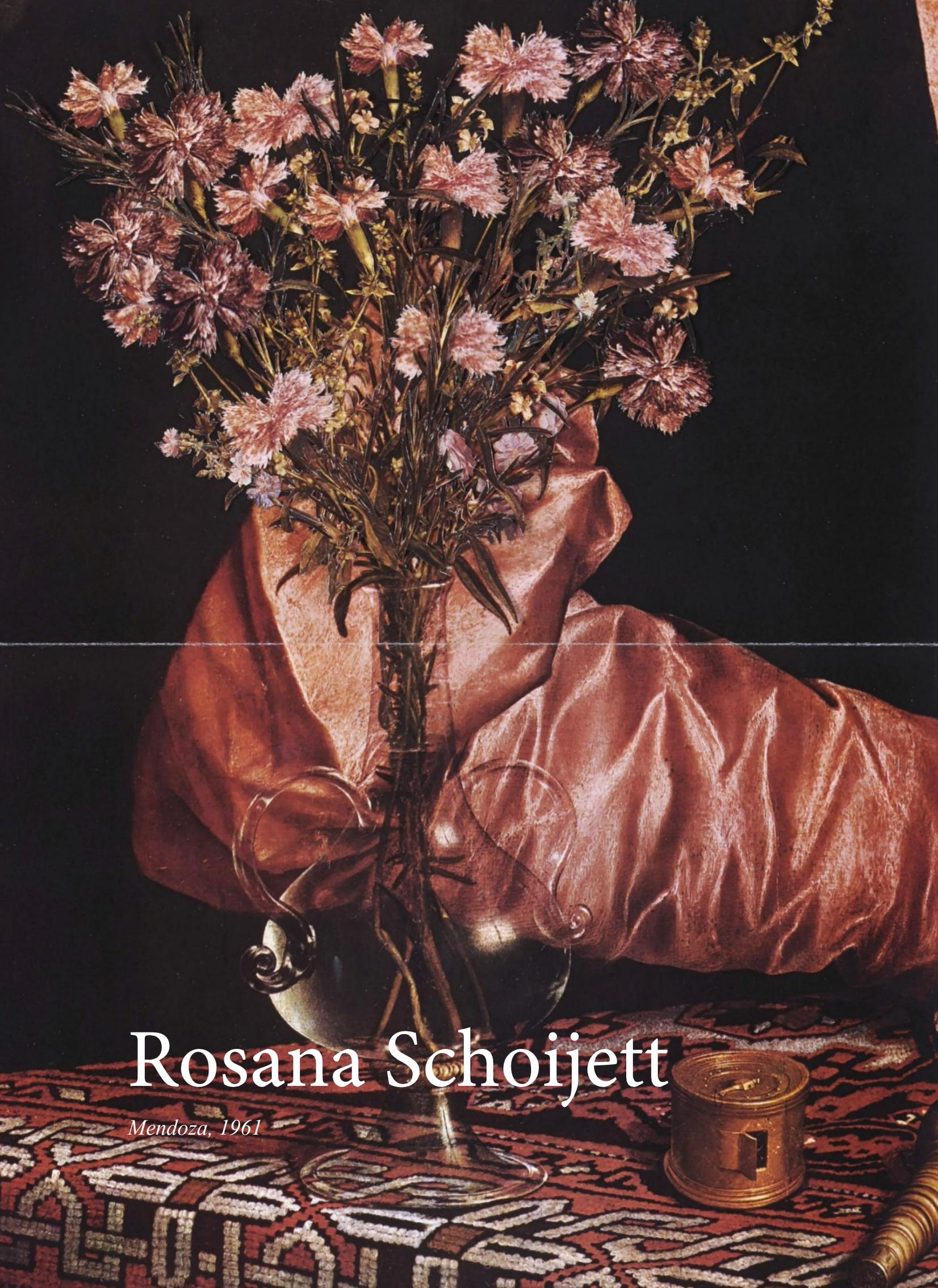
El doctor Wuang teclea y teclea. Teclea y teclea y teclea. Se enciende la impresora y empieza a salir una hoja llena de palabras. Sabio bebé cósmico, quiero llorar de felicidad. Nos miramos hasta que la máquina escupe el papel. Firma y me alcanza la hoja.

—Estamos bien —dice—. Estamos en la fase de adaptación.

Todo está a medio camino. Nada *es*. Las cosas no toman su forma final, en cualquier momento pueden ser otras. Ofrece su mano, me ayuda a ponerme de pie. Me guía fuera del consultorio. Todas las veces salgo sin entender por qué vine en primer lugar. Me voy saludando a los pacientes, a la secretaria, la hija del doctor, una eterna adolescente con el pelo lacio y negro, que come despacio sus triángulos de manzana sobre una servilleta. Paso serena y la despido. Parece más joven, apenas hecha con unos trazos de tinta hace muchos siglos. Abro la puerta vidriada y, más que salir, entro en un vacío diferente. Estoy enamorada del mundo. Soy el amor. Soy el mundo. Soy redonda y transparente

como la llama de una vela. Los pensamientos prenden, brillan y se extinguen, intermitentes.

Me alejo de la clínica del doctor Wuang cantando una canción que no existe, y recién cuando llego al subte, se apaga la pantalla del reloj pulsera y me seco la baba que chorrea, mientras me miran una madre y su hijo.



Rosana Schoijett

Mendoza, 1961

Las potencias de la imagen

Rosana Schoijett (Buenos Aires, 1969) investiga en su práctica artística las potencias de la imagen fotográfica, sobre todo, la relación entre documento y ficción artística o entre singularidad y serialización. A través de distintos proyectos, sus trabajos enlazan escenas intimistas con paisaje urbano, foto-reportaje con imaginería publicitaria, autorretrato con retrato de celebridades y fotografía con obra pictórica. Ha formado parte del Programa para las Artes Visuales CCR Rojas UBA / Kuitca 2003-2005, en cuyo marco obtuvo la Beca Kuitca.

Estudió cine y fotografía. Expone sus trabajos desde 1989 en museos y galerías de Argentina y del mundo. Fue becaria del Programa Intercampos II (2006) en Fundación Telefónica. Expone fotografías y collages con regularidad en museos, ferias y galerías. Algunos de sus trabajos integran de las colecciones del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (Malba), Museo de Arte Contemporáneo de Rosario (MACRO), Art Museum of the Americas (AMA). Ha curado exposiciones en la Fotogalería del Centro Cultural Ricardo Rojas y en la Fotogalería del Teatro San Martín. En el 2017 recibió el Primer Premio del Concurso de Artes Visuales del Fondo Nacional de las Artes. Desde el 2018 es docente en la Licenciatura en Artes Electrónicas de la Universidad Tres de Febrero.

Vive y desarrolla su proyecto artístico en Buenos Aires.